

No nos ocuparemos, sin embargo, en desarrollar y discutir las multiplicadas pruebas de este aserto, puesto que sería, no solamente traspasar los límites de este *Compendio*, sino también fastidiar inútilmente á los lectores extraños á esta clase de investigaciones y repetir á los restantes lo que han debido estudiar y profundizar en las sabias memorias de Gössellín.

Es preciso, no obstante, dar alguna idea de la construcción de un mapamundi griego del tiempo de Eratóstenes y de Estrabón. Como que las medidas casi exactas que habían caído en manos de los astrónomos de Alejandría eran insuficientes para determinar todos los puntos conocidos del globo, procuraron dichos astrónomos hacer por sí mismos algunas observaciones; pero la imperfección de los medios de que se valieron no

podía menos de ocasionar muchos errores. Eratóstenes había encontrado por medio de un gnómon la diferencia de latitud ó de distancia al norte del Ecuador entre Syena y Alejandría; pero se equivocó muchísimo al colocar estos dos puntos bajo el mismo meridiano, puesto que las observaciones modernas prueban que Syena dista de Alejandría un grado más al este. Otras conjeturas semejantes indujeron á este geógrafo á colocar bajo el mismo meridiano á *Meroe*, ciudad situada sobre el Nilo, la isla de *Rodas*, *Bizancio* y el *Boristenes*; siendo así que de todos estos puntos los unos se hallan más al este y los otros más al oeste de la supuesta línea bajo la que los situaban los antiguos. También estaba mal determinada no pocas veces su latitud, como lo demuestra el cuadro siguiente:

Denominación de los Lugares	DISTANCIA DEL ECUADOR		
	En estadios	En grados según Eratóstenes	En grados según los modernos
Límites de la Tierra habitable.	8.300	11° 51' 25"	Indetermin.
Meroe.	11.700	16 42 31	16° 56' 0"
Syena.	16.700	23 51 15	23 50 0
Alejandría.	21.700	31 0 0	21 11 20
Rodas.	25.450	31 21 25	36 28 30
Atenas.	25.850	36 55 42	38 5 20
Bizancio.	39.800	42 34 17	41 4 34
Bocas del Boristenes.	34.800	49 42 51	46 39 0
Norte de la Gran Bretaña.	42.700	61 0 0	58 37 0
Thula.	46.300	66 8 34	Indetermin.

A estas latitudes, mal determinadas ó solamente mal traducidas de un mapa de algún antiguo pueblo navegante, los geógrafos de Alejandría referían todas las latitudes de las otras comarcas; y si algunas veces las acertaban era porque se las hacían adivinar las muy falibles indicaciones de un gnómon, ó, principalmente, los cálculos de los viajeros y la naturaleza de los vientos y de las producciones. De esta manera Eratóstenes

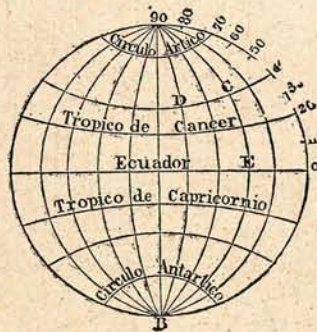
llevó la extremidad meridional de la India á los diez y seis grados norte del Ecuador, en vez de ocho, y aun reprodujo el error de Dicearco situando bajo el paralelo de la isla de Rodas el estrecho de las Columnas, el de Sicilia, el cabo Sunio y el golfo de Isso, puntos que se hallan más al norte ó más al sur.

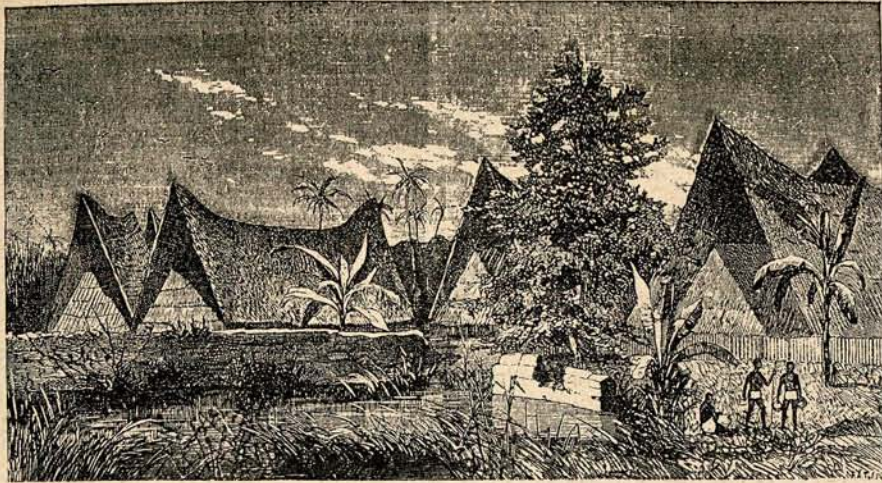
Este paralelo de Rodas, harto mal trazado, llamado el *diafragma*, formaba en el mapamundi una línea valuada en 70,000

ó 77,800 estadios, que marcaba lo largo ó la longitud de la Tierra habitable; pero la otra línea, que corría del norte al sur, era la mitad más corta, cruzaba la primera en ángulo recto, y representaba la anchura ó *latitud* de la Tierra bajo el meridiano de Alejandría. El mapa entero formaba un cuadrado que contenía, según aquellos geógrafos, la Europa, el Asia y el África, como una grande isla de figura oval y bañada por todas partes por el mar Atlántico. Aunque consideraban nuestro mundo como un globo, les parecía que la Tierra habitable por ellos conocida ocupaba solamente una porción cualquiera de la parte superior de este globo, y que la ardiente zona del Ecuador, lo mismo que el círculo de hielo de los Polos, reducían á límites muy estrechos las comarcas adjudicadas al linaje humano; por cuyo motivo no creyeron equivocarse mucho pintando esta parte de la esfera como una superficie plana. Hiparco fué el único que probó á figurar meridianos y paralelos curvos

como en nuestros hemisferios, pero su opinión fué desestimada por mucho tiempo.

¿Por qué detenernos más en áridas sendas que casi siempre llevan la ciencia á una desesperante duda? Mejor es que nos ocupemos en la geografía histórica de Estrabón y de los autores que ha resumido ó comentado. Considerada bajo este punto de vista, su obra se divide en dos mitades muy distintas, á saber: una descripción circunstanciada de Grecia y del Asia menor y algunos rápidos bosquejos de los demás países conocidos. En la primera parte, Estrabón es un topógrafo exacto y un crítico concienzudo y modesto; mas en la segunda suele explicarse como un compendiador infiel y como un juez parcial y ligero. Tomémosle, pues, por guía, sino por maestro; y al analizar su geografía procuremos no descuidar ninguno de los descubrimientos de su siglo, sin exceptuar aquellos de que no saca ningún partido.





LIBRO QUINTO

Análisis de la geografía de Estrabón.—Europa.—Discusión del viaje de Piteas



VAMOS á delinear la Europa de Estrabón, siguiendo su mismo método, á fin de traducir más exactamente sus ideas. Este geógrafo principia por la *Iberia* ó España la serie de comarcas que describe; y aunque ha dado á los Pirineos la dirección de norte á sur, considerando las costas intermedias entre los Pirineos y el cabo Sagrado como uno de los lados del cuadrado, en el cual circunscribía la península, ello es que ha reseñado perfectamente el estado físico del país y las costumbres de los pueblos ibéricos. La *Bética*, sumamente fértil en aceite y en lanas finas, contenía ciudades suntuosas, como *Gades*, *Córdoba* é *Hispalis* (la moderna Sevilla), y estaba habitada por un pueblo que poseía monumentos muy antiguos de poesía é historia, á saber, los *turdetanos*, cuyo nombre adulterado y cuya felicidad hipérbolica sirvieron de

tema á los cuentos griegos sobre Tarteso. Entre el *Tago* y el *Durio* vivían los *lusitanos*, que eran muy ágiles y excesivamente temibles en la guerra de guerrillas; más al norte había los *gallaicos* ó galecos de los escritores romanos, y los silvestres *cántabros*, que habitaban en unas montañas punto menos que inaccesibles, y que con mucha repugnancia humillaban su erguida frente ante las fascas de Roma; por último, en las orillas del Ebro, *Ibero*, hacia las fuentes del Tajo, vivían los *celtiberos*, resto de los antiguos vencedores procedentes de la Céltica, y que, despojados de sus fortalezas por los romanos, empezaban á familiarizarse con la urbanidad de la vida civil. La industria y el comercio enriquecían las ciudades ibéricas situadas en el Mediterráneo, y entre las cuales, después de la destrucción de la fidelísima *Sagunto*, *Tarraco* y la *Nueva Cartago*, brillan en primer término.

Entre las islas vecinas de la Iberia cuenta Estrabón las *Baleares*, donde vivía una nación jovial, voluptuosa y célebre por su habilidad en el manejo de la honda; las *Pitiusas*, ó sean las modernas Ibiza y Formentera, y, finalmente, las *Cassitéridas* ó islas de estaño, «situadas,—dice,—en alta mar, al norte del puerto de los ártabros.» El puerto de los ártabros es el de la Coruña. En otro pasaje coloca estas islas á la altura de la Gran Bretaña. Mas estas indicaciones pueden muy bien conciliarse si se recuerda que los geógrafos anteriores á Ptolomeo hacían de la Gran Bretaña una isla triangular, cuya punta meridional les parecía poco distante del extremo septentrional de España. Según este sistema, las islas Sorlingas debían distar poco de España, y por consiguiente no pueden ser sino las Cassitéridas. Los cartagineses, mandados por Himilcón, habían explorado estas regiones, y descubierto un grupo de islas llamadas *Ætrímnidas*, como también las islas de los *albiones*, ó sea la Inglaterra, y la de los *hibernos*, ó sea la Irlanda, que por otros escritores han sido denominadas *Hespéridas* ó islas del oeste. Es de creer que aquellas islas eran simples estaciones y factorías de los comerciantes de Cartago y de Gades que iban á comprar el estaño que se extraía de las minas de Cornualla; mas, cuando en virtud del viaje de Piteas el comercio de estaño tomó una nueva dirección por la Galia y Marsella, echáronse en olvido las Cassitéridas, y, por último, se las llegó á creer fabulosas.

El libro cuarto de Estrabón empieza por una descripción harto vaga de la *Céltica* ó de la Galia; contiene en seguida la de la Gran Bretaña, y acaba con una ojeada sobre los Alpes. La figura que atribuye á las costas occidentales de la Galia no puede ser más falsa, como que suprime ó reduce á muy poca cosa la pe-

nínsula de los *osismios*, indicada por Piteas, y que no es otra cosa que la Bretaña moderna. Como consecuencia de una idea tan falsa, el curso del Rhin resulta paralelo á los Pirineos, al paso que las Cevenas están situadas en el centro del país, que llega á ser un tercio más estrecho de lo que es en realidad. Estrabón ha comprendido la división que indicó César, de la Galia, en *Bélgica*, *Céltica* propia y *Aquitánica*, mucho mejor que Diodoro de Sicilia, el cual, alucinado por los nombres latinos, imaginó en ella dos pueblos diferentes, á saber, los celtas y los gálatas. Diodoro describe á los *gálatas* como una nación rubia, de estatura alta, y diseminada á mucha distancia por el norte; todo lo que nos inclina á reconocerlos como los belgas de César y de Estrabón. Este último nos da una reseña sucinta de la fertilidad de la Galia narbonesa, comparándola á Italia; de las sabias leyes de *Massilia*, de la naciente grandeza de *Narbo*, asiento del poder romano; de la numerosa población de las partes interiores y septentrionales, y, finalmente, de la vida sencilla y algo grosera de aquellos nuevos súbditos de Roma.

Pasa luego á la *Bretanniké* ó Gran Bretaña, á la que da una forma triangular, diciendo que uno de sus lados es paralelo á la costa gala, el otro sigue la dirección de la costa septentrional de España, y el tercero es poco conocido. Los abundantes pastos de la isla, las nieblas que la envuelven, las agrestes costumbres de los habitantes, y sus chozas diseminadas en el interior de los bosques, ofrecen una pintura más exacta. Al lado de la *Bretanniké*, aunque más al norte, se halla á *Ierna*, que es una isla importantísima y habitada, según se decía, por pueblos antropófagos y extraños á toda especie de civilización. Y, sin embargo, esa tierra tan estéril y casi inhabitable es la fértil Irlan-

da, llamada en céltico *Erin* ó *Ierin*. Esta es la tierra que Estrabón suponía en su sistema como la más septentrional, puesto que la situaba mucho más al norte que la desembocadura del Elba ó *Albis*, límite, por aquel lado, de su geografía continental. También creía que las fuentes del Boristenes y del Tanais eran tan remotas como la isla Ierna; y terminaba su Europa á esta altura por medio de una línea vaga, que, si tomamos sus medidas al pie de la letra, correspondía en gran parte al paralelo quincuagésimo quinto de nuestros mapas.

Sin embargo, los descubrimientos positivos de los antiguos se extendían realmente más al norte de lo que cree Estrabón. El célebre Piteas, que era un navegante marsellés anterior á Alejandro Magno, había penetrado hasta Escandinavia, y aun acaso hasta el mar Báltico, y descrito este viaje extraordinario en varias obras, de las que sólo nos quedan desgraciadamente los títulos y alguna que otra cita á todas luces inexacta, ó cuando menos desfigurada intencionadamente. Comparando estas insignificantes reliquias de un grandioso conjunto, y á pesar del autorizado parecer de un Gosse-lín, nos hemos convencido de que los descubrimientos de Piteas le pertenecen real y verdaderamente, y que todos los absurdos que le atribuyen, así los antiguos como los modernos, desaparecen en gran parte con sólo admitir en sus relaciones ó sus extractos el uso de dos *estadios* diferentes. En esta hipótesis los principales puntos que de su viaje nos quedan son los siguientes:

Al salir del estrecho de las Columnas se dirigió al cabo Sagrado, cuya distancia del estrecho, según dicen, fijó en 3,000 estadios; cálculo que resulta exacto si se toman estos estadios por egipcios ó de 1,111 $\frac{1}{3}$ al grado.

Cerca de algunas islas, y más al oeste

que el cabo Sagrado, había otro promontorio llamado *Calbium*, que es el nombre que el autor de los Órficos parece dar ya á los Alpes, ya á los Pirineos; de manera que este promontorio debía de ser el cabo de Finisterre en España. Los antiguos no conservaron ningún indicio directo sobre la latitud de este promontorio: únicamente se dice que estaba señalado en el país de los *ostidamnios*, ú *ostimios* ú *ostiones*, ó también *cossinos*, pueblo que á pesar de tantos nombres ha quedado completamente desconocido. Con todo, podemos asegurar, contra la opinión de muchos comentadores, que aquellos pueblos no son los habitantes de la Baja Bretaña, como que en otro pasaje dice Estrabón explícitamente que Piteas les daba el nombre de Timios. Es, pues, evidente, que el nombre no suministra la menor prueba contra la identidad del promontorio *Calbium* con el cabo Finisterre de España.

A tres días de navegación de este cabo, llegó Piteas á unas islas entre las cuales se distinguía la llamada *Uxisama*. Generalmente se está de acuerdo en considerar esta isla como la *Uxantis* del itinerario de Antonino y la isla de Ouessant de nuestros mapas; y es efectivamente muy posible que una feliz navegación llevara á Piteas desde el cabo Finisterre á aquella isla, á menos que se niegue á los marselleses el necesario saber náutico para atravesar el alta mar; circunstancia que induciría á continuar el viaje de Piteas en el catálogo de las fábulas, haciendo toda discusión completamente inútil.

La grande isla de *Albiön* viene luego en el número de los países visitados por Piteas, á la cual atribuye 20,000 estadios egipcios de largo, que, siguiendo las sinuosidades de la costa occidental desde el cabo Landsend hasta el cabo Wrat en Escocia, equivalen á poca diferencia á la longitud verdadera. En iguales términos,

aunque con menos rigor, debe valuarse la medida de circunferencia de Albión, indicada por Estrabón en 40,000 estadios; mas cuando Plinio asegura que Piteas fijaba esta misma circunferencia en 30,000 estadios, es claro que esta última indicación aludía á los estadios de 833 al grado, y que en el fondo era idéntica con la primera.

Parece que Piteas orientaba equivocadamente la Gran Bretaña, puesto que la extendía en longitud del este al oeste ó al noroeste, y que, suponiendo su costa meridional más al norte y sur de lo que en realidad se halla, consideraba la punta oriental de Inglaterra como uno de los extremos septentrionales de esta grande isla. Así es, á corta diferencia, como Estrabón y muchos otros geógrafos orientaban su Albión ó *Britannia*; y si se atribuye á Piteas el error tan común entre no pocos antiguos, se concebirá fácilmente la razón por qué este viajero situaba la extremidad septentrional de la Gran Bretaña á 42,700 estadios de distancia del Ecuador, cuya medida, calculada en estadios de 833 al grado, coincide con la latitud de 51 grados 15 minutos, y por consiguiente, poco más ó menos, con la punta nordeste de Kent. A los ojos del navegante marsellés esta punta debía ser el término de Albión por el lado del norte. Eratóstenes y Estrabón calcularon la misma medida en estadios de 700 al grado, por cuyo motivo creyeron que Piteas extendía la Gran Bretaña hasta el paralelo donde el día más largo es de diez y nueve horas, es decir, hasta el 61 paralelo, ó sean 60 leguas más al norte que la extremidad septentrional de Escocia.

Continuando su viaje en dirección al nordeste, que creía norte, encontró Piteas, seis días después de haber traspuesto á Albión, aquella parte de la costa de Jutlandia actualmente llamada *Thy* ó *Thyland*, y en el antiguo idioma escan-

dinavo *Thiuland*. Trocó este nombre en *Thule* ó *Thyle*, que entrambas variantes se leen en los manuscritos; y habiendo calculado su navegación en 3,600 estadios, á razón de 600 por día, claro es que debió fijar la latitud de Thule en 46,300 estadios de distancia del Ecuador, ó sean 55 grados 35 minutos en estadios de 833 al grado; de manera que así la acercaba un grado demasiado al sur. Verdad es que su descripción de la naturaleza del país ofrece una exactitud admirable: las arenosas dunas de Jutlandia, sus colinas movibles expuestas á la merced de los huracanes, sus marjales cegados por una costra de arena que hace de ellos el sepulcro de los viajeros imprudentes, y por último aquella especie particular de nieblas que infestan la comarca; tales son los fenómenos que indujeron á Piteas á decir que el aire, el mar y la tierra parecían confundirse, en los alrededores de Thule, en un solo y único elemento. La brevedad de las noches, reducidas en su mayor parte á dos ó tres horas, gracias á la larga duración de los crepúsculos; el cultivo del mijo en las tierras del norte y el del trigo en las del mediodía, la abundancia de la miel, el uso del aguamiel, la costumbre de secar los trigos en anchos trojes, todo el cuadro de Thule delineado por Piteas, cumple exactísimamente á las costas occidentales de Jutlandia.

Tal es, á nuestro modo de ver, la explicación del más afamado enigma de la geografía antigua. Los demás sistemas forjados al mismo propósito se fundan exclusivamente en ciertas expresiones erróneas de algunos geógrafos antiguos que exageraron el valor de los estadios de Piteas: así sucede con el de Eratóstenes, que al atribuir á cada grado una suma de 700 estadios fijó la situación de Thule bajo los 66 grados de latitud, ó sea bajo el círculo polar, contra el texto de un pasaje auténtico del mismo Piteas,

conservado por Gemino, en donde se lee «que las noches, en Thule, le parecían de dos á tres horas.» La mayor parte de los más recientes defensores del error de Eratóstenes, alucinados seguramente por los cálculos de los anglo-sajones, han hecho todavía más inverosímil este sistema, refiriendo dicha latitud á las extremidades *septentrionales* de Islandia; pues si bien se echa de ver que, procediendo Piteas del mediodía, debió indicar con preferencia la posición de las costas meridionales, tampoco había dicho este viajero que Thule fuera una isla más bien que una parte del continente, como que esta fué una opinión inventada por algunos escritores posteriores al mismo Estrabón; y, finalmente, ya se ha demostrado hasta la evidencia por los islandeses, que la descripción de Thule no tiene nada que ver con las circunstancias de su patria.

Parece que otros geógrafos, contando por estadios de 500 al grado, han situado á Thule cerca del Polo, esto es, á los 87 grados de latitud; mas, para no incurrir en inconsecuencias, han hecho decir á Piteas que los días y las noches eran de seis meses.

Algunos antiguos, maravillados de la inverosimilitud de un viaje tan lejano, contaron probablemente por estadios de 750 ó 769 al grado, que ya vemos indicados por Plinio y por Hiparco. Este cálculo redujo la latitud de Thule á 60 ó 62 grados; y siendo ésta precisamente la latitud de la Noruega meridional, en donde hay una comarca denominada *Thelemark*, *Thilemark*, y aún, en una *saga* islandesa, *Thulemark*, no sería ningún desatino creer que fuera la Thule observada por la flota romana que dió la vuelta á la Gran Bretaña, la misma que indudablemente indicó Ptolomeo bajo este nombre. Muchos sabios geógrafos han sospechado que fuera la tierra des-

cubierta por Piteas; pero la brevedad que nos impone el plan de esta obra nos impide entrar de lleno en el examen de una opinión que, por estar revestida con todos los caracteres de una erudición sana y profunda, merece por cierto una discusión más amplia y detenida. Observaremos únicamente que todo cuanto han dicho de Thule los antiguos, posteriores á Piteas, nos parece vago, contradictorio, sin más fundamento que la confusión de los estadios. Acaso para reunir unas tradiciones tan opuestas, se le ha ocurrido á *Procopio* la idea de considerar toda la Escandinavia como comprendida con el nombre de Thule: como quiera, no han faltado sabios que, movidos por el interés de los curiosos pormenores en que se ocupa sobre las costumbres de los finlandeses y de los godos (sin olvidar si quiera la ortografía escandinava de este nombre), le han dado desde luego una preferencia exclusiva. Sin embargo, es muy probable que el nombre de Thule no ha tenido nunca, ni en la relación de Piteas, ni en la Escandinavia misma, una acepción tan general.

Piteas, conociendo además otras tierras del norte, habla de una grande isla que llama *Basilía*, ó sea la isla del Rey, y que Plinio considera, al parecer, como la *Baltia* de Jenofonte de Lámpsaco. No es posible determinar á qué parte de Escandinavia han aludido estos antiguos con semejante nombre, pues no parece sino que la voz *belt* ó *balt* significaba en su origen un archipiélago cualquiera, aunque su significación se ha contraído posteriormente al conjunto de los canales situados á la entrada del mar Báltico, y aun más reciente á dos de ellos. La opinión mas común está por la Suecia meridional, que aun mucho tiempo después era considerada como una isla bajo el nombre de *Scandia* ó Escandinavia.

No nos es posible asegurar tampoco si

Piteas visitó personalmente la *costa del ámbar amarillo*, es decir, la Prusia oriental. Plinio, que no pocas veces escribe como un copista inexacto, le hace decir «que los *guttones*, nación germana, habitaban un espacio de 6,000 estadios, á orillas de un golfo del Oceano, llamado *Mentonómón*. Lo cierto es que á una jornada de distancia de la tierra de los *guttones* había la isla *Abalus*, en donde se recogía un ámbar amarillo que los habitantes vendían á sus vecinos los *teutones*.»

El mar Báltico es el único golfo del Oceano septentrional á que conviene la medida de 6,000 estadios que, á razón de 833 por grado, equivalen á 140 ó 150 leguas marinas. Los pueblos que habitaban la Escandinavia, la Dinamarca y la Prusia eran conocidos con el nombre genérico de godos, ó sean los *guttones*, ó, por mejor decir, los *goutones* de Estrabón vencidos por Marabodu; los *gothones* de Tácito, los *gythones* y los *gutæ* de Ptolomeo, los *gothos* de Elio y de Flavio, los *gothunos* de Claudiano, los *cotinoi* de Dion Casio, y los *gautos* de Procopio y de los islandeses. El nombre de *guttones* ha sido empleado por el viajero marsellés en esta significación general, que las investigaciones de los verdaderos sabios han puesto, ya desde mucho tiempo, fuera de toda duda, por cuyo motivo es imposible decir si en su visita á las costas de Prusia conoció Piteas esas ramas de godos que, según los islandeses, no se establecieron en ellas hasta tres siglos más tarde, ó si el mencionado viajero se detuvo entre los godos de Escandinavia, de quienes pudo tomar los conocimientos que manifiesta sobre el mar Báltico y el comercio del ámbar amarillo.

Los descubrimientos de Piteas no hubieran sido sospechosos á los ojos de la crítica si se tuviera en cuenta las muchas noticias incoherentes en verdad, pe-

ro de autenticidad irrecusable, que habían adquirido sobre el resto de Europa los griegos anteriores á Estrabón. Además de Jenofonte de Lámpsaco, se cita á Timeo y á Filemón como autores de numerosos pormenores sobre aquellos países. Conocíase en ellos la existencia de muchas islas, entre las cuales, además de Baltia, se contaba á *Raunonia*, cuyo nombre es escandinavo y significa la isla de ámbar amarillo; hablábase de otra isla llamada *Baunomanna*, cuyo nombre es igualmente escandinavo y significa «hombres que encienden el faro;» y ¿sería posible incurrir en semejantes inadvertencias fuera de los lugares de que se trata?

Pero el orgulloso espíritu de sistema, lejos de ampliar aquellos primeros descubrimientos, los despreció como otras tantas fábulas. Estrabón se desdena de examinar el viaje de Piteas; y dejando las islas Británicas, que á su ver forman el extremo del mundo, da la vuelta al mediodía para describir los *Alpes* y los territorios situados entre las ramificaciones de aquella cordillera. Su descripción, que no parece sino tomada de las obras de Polibio, es en verdad muy amena y sembrada de pormenores históricos asaz importantes sobre los *retios* y otras naciones alpinas; mas al propio tiempo demuestra que los antiguos carecían de noticias exactas y completas sobre tan famosas montañas, aun prescindiendo de toda ciencia geológica. Estrabón fija la raíz de los Alpes en las cercanías de Génova, al paso que Polibio la señala en los alrededores de Marsella, considerando con razón al monte Ventoso como su promontorio occidental. Estrabón coloca el término de los Alpes en el monte Odra, al norte de Istria; mas otros le extendían hasta los confines de Macedonia y de Tracia. Verdad es que nuestro geógrafo menciona los ventisqueros y los aludes, pero de una manera algo confusa.

Desde los Alpes pasa Estrabón á Italia é islas vecinas á esta célebre comarca. Es particular y curioso que un geógrafo tan docto discuta con toda formalidad si la Italia es un triángulo ó un cuadrado, puesto que en la actualidad los niños lo saben mucho mejor. La razón que le hacía incurrir en el error inventado probablemente por Polibio, que daba á la península italiana una dirección casi este y oeste, consiste en las falsas latitudes de Marsella y del estrecho de Sicilia. Con todo, no dejan de ser muy interesantes sus pormenores físicos é históricos; puesto que le seguimos con placer en su rápida marcha á través de las fértiles llanuras de la *Galia cisalpina*, comprendidas bajo el nombre de *Italia*; observamos luego que los vastos marjales tan difícilmente atravesados por Aníbal ocupaban una parte de los campos, en la actualidad tan risueños, de las cercanías de Parma y de Módena; encontramos á *Rávena*, que entonces estaba situada precisamente entre lagunas y sin otras calles que los canales, ni más ni menos que la Venecia moderna; visitamos las rocas cultivadas por el laborioso *ligurio*, el puerto de *Luna* con sus canteras de mármol, tan célebres en el día con el nombre de *Carrara*; las antiguas ciudades de *Etruria*, primera corte de la civilización en Italia; las regiones de los *sabinos* y de los *umbrios*, tan ricas en pastos; y la pequeña comarca del *Lacio*, en cuyos ámbitos se encerraba nada menos que la capital del mundo. Los conquistadores y opresores del orbe no infunden en el ánimo de Estrabón una admiración muy entusiasta; pero sus caminos públicos, sus acueductos y las demás obras de utilidad pública, que ponían en relieve la pujanza de *Roma*, le arrancan justísimos elogios. Pasando luego á las llanuras de *Campania*, cuya fecundidad inagotable ha sido en todos tiempos tan celebrada, nos manifiesta el comercio

y las flotas del Mediterráneo concentradas en *Puteoli*, cuando las casi griegas costumbres de *Neapolis* atraían á ella á los romanos cansados del bullicio de la capital. Largos siglos hacía que el *Vesubio* descansaba; mas no por esto dejaba de mostrar á Estrabón algunos indicios de erupciones antiguas. Después de recorrer el *Samnium*, asolado por las sangrientas victorias de Sila; la *Lucania*, el *Brucio* (la Calabria de los modernos), la *Apulia*, y otras provincias de menos valer, según la división por naciones á la sazón vigente, refiere Estrabón algunos rasgos curiosos de la historia de las colonias griegas que habían civilizado aquellas comarcas, y de las cuales *Locri*, *Crotona*, y aun *Tarento*, quedaban eclipsadas ante la grandeza de *Brundusium*, á la sazón naciente, y en el día de todo punto aniquilada. En seguida nuestro geógrafo describe detenidamente la rica *Sicilia*, granero de Roma; y aunque atribuye mayor importancia á la isleta de *Ilba* ó *Elba* que á la insalubre *Cerdeña* y á la silvestre *Córcega*, reconoce, sin embargo, que *Siracusa*, devastada por Pompeyo, debía á la providencia de Augusto una restauración parcial; y que esta ciudad, un día inmensa, no ocupaba más que la isla *Ortygia*, una parte muy reducida de la orilla de la Sicilia.

Después de consagrar dos libros á la descripción de Italia, comprende nuestro geógrafo en uno solo el norte de Europa, desde el Rhin hasta el Tanais. Despreciando las relaciones de Piteas, nada quiere reconocer Estrabón á la otra parte del Elba; y, aun limitándose á la extensión de este círculo, enumera las naciones germánicas con tan poco método y tanta oscuridad, que creemos ocioso anticipar sus noticias á la reseña que haremos de Germania, según Tácito y Plinio. No quiere decir esto que en la confusa descripción de Estrabón no des-

punten algunas ideas luminosas sobre la geografía física y la trasmigración de los pueblos; y cuando determina «aquella cordillera que, encumbrándose al medio-día de Germania, se proyecta á lo lejos hacia el oriente, bien que sin igualar á los Alpes en altura,» es imposible desconocer la alusión á la cordillera Hercynio-Carpathiana. Estrabón describe, aunque sin nombrarle, el lago de Constanza; tampoco ignora que los *helvecios* y los *vindelicios* habitaban en elevadas mesetas ó llanuras, refiriéndose, á buen seguro, á la Alta Baviera y al norte de Suiza; siéndole igualmente conocida la naturaleza de los países situados entre el Rhin y el Elba. Ya los romanos habían ganado y perdido muchas batallas en aquel país, lleno de bosques por una parte, y por otra sumamente lagunoso. Los *languobardos* ó *lungobardos*, que ya se hallaban establecidos en las orillas del Elba, han sido, según buen discurso, el pueblo más remoto que alcanzaron las armas romanas. Muchos mercaderes romanos visitaban el grande estado que, fundado por *Maroboduo* en Bohemia ó *Boiohemum*, en Silesia y en las comarcas vecinas, fué destruído posteriormente por un príncipe de los *góthones* ó *godos*; otros mercaderes se establecieron en él, y de aquí dimana la tradición que, transmitida á Roma por sus mercaderes ó por algunos prisioneros ó fugitivos germanos, había dado á conocer al geógrafo griego los nombres de los pueblos que, habitando en las orillas y aun á la otra parte del Vístula, cayeron bajo la obediencia de *Maroboduo*. Entre estos pueblos había los *ludios*, que al parecer eran los *ligios* de los escritores romanos, los lieches de la edad media, y por consiguiente los progenitores de los polacos modernos. Como que el texto de Estrabón ofrece una porción de nombres que parecen polacos ó eslavos, y como que hay una

multitud de circunstancias que concurren á apoyar esta semejanza, creemos naturalmente que la raza eslava se hallaba ya establecida en Europa en tiempo de Estrabón. En efecto: este geógrafo distingue al este de los germanos, y extendida luego más al norte, una nación muy numerosa que llama *bastarnæ*, nombre probablemente inventado por los griegos. Los *bastarnos* más cercanos al norte y al este eran los *roxolanos* ó *roxanos*, acaso los mismos rusos, y digan lo que quieran ciertos críticos, puesto que aquéllos escriben con *o* su nombre nacional. Tampoco deja de ser muy probable que los *getas* ó *dacios*, ó, como quiere Estrabón, *davi*, eran de raza eslava. En tiempo de Estrabón aquellos pueblos eran muy poderosos, merced á las conquistas de su rey *Boerebistes*, tanto que excitaban la envidia de los romanos, y atajaban en las márgenes del Boristenes las invasiones de los sármatas que, desde las comarcas de que eran oriundos, entre el Cáucaso, el Tanais y el mar Caspio, en donde todavía los reconoce Estrabón, habían entrado en Europa á instancia de Mitrídates, é invadido y destruído el antiguo estado de los *escitas*, cuyo nombre comienza desde entonces á desaparecer. Poco tiempo después de Estrabón, abandonaron los sármatas sus carros y su vida nómada, y acabaron por establecerse en Lituania y en las tierras vecinas, donde formaron el tronco de varias naciones enteramente extrañas á la raza eslava.

Por ligero é incompleto que sea este diseño del norte y del este de Europa, bien sabe Estrabón que desde Germania y Dacia hasta el mar Caspio puede espaciarse la vista por una llanura inmensa. El geógrafo de Amaseo se desdeña de mencionar las exactísimas noticias de un Herodoto sobre la naturaleza de aquellos países, y se contrae á describir someramente algunos animales, entre los que

se reconoce el alce. Verdad es que se hacía mucho comercio entre aquellas comarcas y el imperio romano, en especial el comercio de pieles, que se trocaban por vinos y objetos de vestir. A este comercio debió *Olbia*, llamada igualmente la ciudad del Boristenes, una existencia brillante que duró hasta el siglo sexto de la era cristiana. La ciudad de *Tanaïs*, situada en la margen europea del río del mismo nombre, había atraído al recinto de sus muros un comercio muy vasto, y acabó por ser destruída por los reyes del Bósforo, como quiera que volvió á levantarse en la edad media con el nombre de *Tana*.

Estrabón ofrece varios detalles topográficos sobre el *Quersoneso táurico*, donde florecía, bajo la protección de los romanos, la ciudad libre de *Chersonesus*, cuyas ruinas se ven á poca distancia de Giurtchy, en los alrededores de Sebastopol. Asimismo describe el reino del Bósforo con la ciudad de *Panticapæum*, antigua colonia de los milesios, denominada también *Bosphorus*, actualmente Ienikalé; y la ciudad de *Theodosia*, sobre cuyos escombros se levantó en el siglo cuarto la de *Capha*, que aun existe con el nombre de *Keta*.

Después de esto, principia la descripción de los países que se extienden á lo largo de la orilla meridional del Danubio. De ordinario los romanos comprendían con el nombre de *Iliria* todas las comarcas situadas entre Helvecia, Italia y el Danubio, que constituye el límite general de Germania, hasta los confines de Grecia y de Macedonia. Los habitantes de esas regiones eran *celtas* en parte, y en parte *ilirios*.

El nombre *liricos*, en su acepción más estricta, comprende las pequeñas naciones que ocupaban la Albania moderna; y, aunque Escillax fija su límite meridional en Aulón ó Valón, es cierto que muchos

pueblos ilirios habitaban igualmente la *Dalmacia* con la comerciante ciudad de *Salona*, y la *Istria* con *Pola*, lo mismo que la *Panonia* de los romanos, constantemente llamada *Peonia* por los griegos; lo cual induce á algunos á creer, no obstante la contraria opinión de Dion Casio, que la pequeña comarca de Macedonia llamada *Peonia*, era habitada por la misma raza. Estrabón establece una diferencia entre los ilirios y los tracios, que se pintorreaban por medio de picaduras, y los celtas, que se embadurnaban el cuerpo con un baño de color; pero los monumentos históricos son insuficientes para resolver si esa raza iliria se halla ya aniquilada, ó si se ha cruzado con los eslavos que en el siglo décimo sexto ocuparon estos países.

Los *boios*, que constituían la más importante de las naciones célticas de aquellas comarcas, extendieron su poderío, un siglo antes de Estrabón, sobre una parte considerable de Baviera y del Austria actual, como que sus dominios alcanzaban el lago *Peiso*, que probablemente es el lago Balatón en Hungría, y en sus emigraciones acabaron por invadir y dar su nombre al *Boiohemum*. Los Alpes de Salzburgo, de Carinthia y de Estiria eran habitados por los *tauriscos*, cuyo nombre parece significar montañeses, supuesto que casi todas las montañas de aquellos países llevan aún el nombre de *Tauer*; pero los romanos, atraídos al país por sus minas de oro y de hierro, le llamaron *Noricum*, acaso del nombre de la ciudad de *Noreia*, que fué la primera que subyugaron. Los *scordicos*, que eran la tercera de las grandes tribus célticas, vivían á orillas del Save inferior, pero extendían sus excursiones piráticas hasta Macedonia. Todas estas naciones, casi de todo punto aniquiladas por las armas de los dacios ó de los romanos, dejaron en poder de los últimos

una porción de comarcas que, con ser desiertas en su mayor parte, fueron pobladas por colonias romanas y formaron las provincias de *Noricum* y de *Panonia*; pero la situación de esta última provincia no corresponde exactamente al país habitado por los panonios, que se extendía desde el centro de Carniola hasta Macedonia.

Es imposible hoy, dice, resolver si los celtas ocuparon esta larga serie de países únicamente en tiempo de Tarquino Prisco, como cree Tito Livio, ó si ya se habían derramado por ellos en los siglos antehistóricos, como creen algunos anticuarios modernos que los suponen originarios de la Galia; opinión que, limitada á los celtas únicamente, no tiene nada de inverosímil.

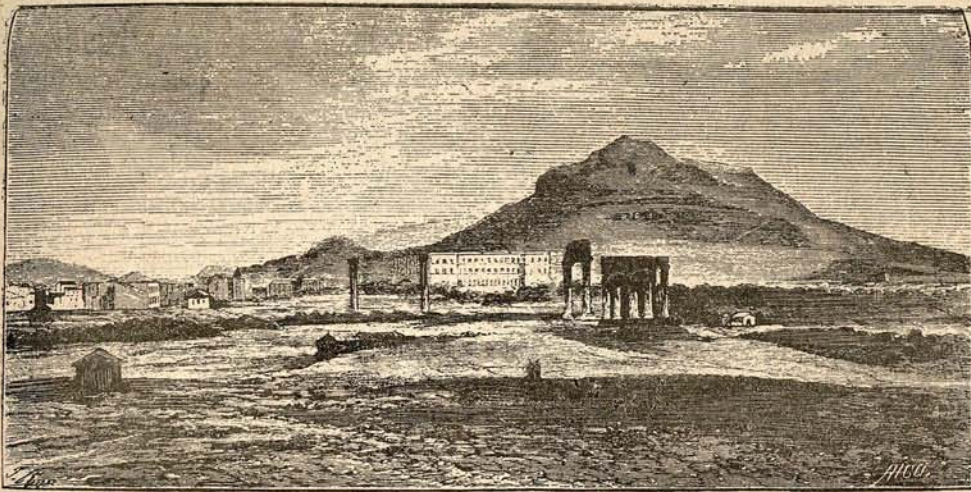
Al este de los ilirios se hallaban los *misios*, los *dardanos* y los *triballos*, pueblos que nuestro geógrafo y otros escritores contemporáneos ó posteriores describen como pueblos bárbaros, indóciles é intratables. «Estos mismos bandidos,—dice Estrabón,—daban el nombre de bandidos á los *bessos*, que habitaban en la cordillera del Hemo. Es evidente que todas aquellas comarcas aguardaban todavía los beneficios de la civilización: cubiertas como estaban de pantanos y de bosques, ofrecían entonces una temperatura fría, mas en la actualidad su clima compite con el de Italia. Lo propio sucede con *Tracia*, aunque en ella las colonias griegas, especialmente *Bizancio*, tan célebre por su comercio como por sus pesquerías, derramaban las luces de la civilización. Difícilmente podría fijarse la época en que las naciones indígenas de Tracia perdieron su nombre y su existencia, pues antes de Estrabón habían ya desaparecido los *thinios*, de quien descienden los *bitinios* y otros tracios asiáticos; al paso que los *odrisæ* y los *bisaltos* son mentados todavía por Plinio, que en su compilación

de nombres geográficos, resulta, á decir verdad, muy poco escrupuloso en la distinción del estado antiguo y el estado moderno. Los *bessos*, que se llamaban á sí mismos *satræ*, vivían independientes en tiempo de Herodoto, posteriormente fueron subyugados por Lúculo, y en el siglo quinto aparecen de nuevo como una nación silvestre. En tiempo de Trajano y de Adriano, la Tracia comenzaba ya á poblarse de colonias romanas; sin embargo, la descripción de esta comarca por Estrabón se ha perdido enteramente, quedando tan sólo un extracto de la de Macedonia, donde se indican las minas de oro del monte *Pangæo*, la fértil tierra bañada por el *Strymon*, los trabajos de Filipo para la formación de un puerto delante de *Pella*, y el naciente esplendor de *Tesalónica*.

No nos detendremos en seguir á Estrabón en todos los pormenores de su interesante descripción de Grecia, que ciertamente no es tan clara ni precisa como la de Pausanias. Describe aquél primeramente el *Peloponeso* «ya desierto,—dice,—si se le compara con el estado en que se hallaba en tiempo de la Grecia libre.» Luego le divide en seis provincias, á saber: la risueña *Élida*, donde brillaba todavía la famosa *Olimpia*; *Mesenia*, no menos fértil, con su nueva capital; *Mesene*, célebre fortaleza; la *Laconia*, cuyas cien ciudades estaban reducidas á treinta, y que contenía dos pequeñas repúblicas avasalladas por Roma, esto es, la de Lacedemonia y la de los *eleuthero-lacones* ó laconios libres; la *Arcadia*, siempre rica en bosques, pastos, yerbas medicinales y aguas minerales; la *Argólida*, donde existen laberintos atribuidos á los *cíclopes*, y la nueva *Corinto*, donde los colonos romanos revolvían los sepulcros en busca de urnas preciosas; y por último la *Acaya*, que no contenía ciudad ninguna de consideración. Con igual es-

mero describe las provincias y las ciudades del continente, la célebre *Ática*, «esta obra favorita de los dioses y de los héroes;» *Atenas*, que conservaba todavía una sombra de gloria y de libertad; la *Beocia*, cuya constitución física particular hacía muy frecuentes los desmoronamientos y las inundaciones erigidas en

diluvios por los aficionados á hipótesis; la *Fócida*, donde ya no resonaba con mentidos y benéficos oráculos el templo de *Delfos*, despojado de sus tesoros; la *Locrida*, con el desfiladero de las *Termópilas*; la *Tesalia*, cubierta antiguamente de aguas que se secaron cuando un terremoto abrió en el Peneo una gran brecha;



ATENAS

la *Arcanania* y la *Etolia*, provincias que los griegos consideraban como semibárbaras, aunque estuvieran situadas á los ojos de los romanos en el centro de Grecia. Estrabón describe con la Iliria y la Macedonia al *Epiro*, excluido de Grecia por todos los autores griegos, y cuyas principales comarcas eran la *Chaonia*, la *Thesprotia* y la *Mossolida*. Lo mismo que Plutarco, Estrabón nos enseña que los epirotas hablaban un idioma particular, y que este idioma era el macedónico, del que parece derivarse la lengua de los albaneses modernos; pero sería un desatino concluir por una inducción retrógrada, suponiendo que todos los ilirios hablaban esta lengua.

Las islas de Grecia terminan la Europa

de Estrabón. Con el Epiro describe la de *Corcira*, reconocida independiente por los romanos; y á continuación de la *Arcanania* la de *Leucas* ó *Neuricos*, que, sujetándose á la discreción de la naturaleza y del arte, ha sido alternativamente isla y península; la de *Cephalonia*, la escabrosa de *Itaca*, y la de *Zacynthos*, con sus fuentes de betún. En vez de describir el estado físico de estas regiones, nuestro geógrafo diserta sobre los *creteos*, que era una tribu antigua, cuyo nombre se enlaza con la historia de los misterios y de la teología griega. Verdad es que describe con más amplitud la bella y espaciosa isla de *Creta*, donde florecían tres ciudades, á saber: *Gortina* al mediodía, *Cnossos* al norte, y *Cydonia* al oeste; pero

las instituciones políticas de las repúblicas cretenses, que fueran el modelo de la legislación espartana, se iban echando en olvido, al paso que las leyes romanas comenzaban á eliminar de la fisonomía de las naciones la interesante variedad de sus rasgos originarios. Á la isla de Creta suceden las *Cícladas*, situadas en torno de *Delos*, heredera del comercio de Corinto; y las *Espóradas*, sembradas á lo largo de las costas de Europa y Asia. No parece sino que se está viendo en grupo á *Thera*, tantas veces agrandada y disminuída por las erupciones volcánicas; *Ios*, donde se cree que fué sepultado Homero; *Pholegandros*, calificada de isla de hierro por Arato; *Címolos*, afamada por su arcilla; *Siphinos*, cuya poca importancia ha llegado á ser un proverbio; *Ceos*, patria del poeta Simónides; *Milos*, cuyo feraz terreno exhalaba el olor del azufre de que está impregnado; *Naxos*, apellidada la *Pequeña Sicilia*, ocultando con un muro de rocas sus valles deliciosos y sombreados por las vides y los olivos; *Paros*, con las célebres canteras de mármol del monte *Marpeso*; *Myconos*, cuyos moradores eran calvos; y muchas otras islas menos célebres que fuera inoportuno enumerar. Entre las Espóradas, cita la larga y elevada *Carpathos*, que antiguamente dió su nombre á las aguas circunvecinas; pero la mayor parte de estas

islas la reserva para la descripción del Asia. Aunque había navegado por el Archipiélago, Estrabón describe muy secamente sus islas, bien que su talento se explaya mucho mejor en el bosquejo de la fértil *Eubea*, que incorpora á Tesalia, así como había incluido á *Lemnos* y las otras islas vecinas en su perdida descripción de Tracia.

Aprovecharemos á continuación las noticias que nos han legado los antiguos sobre la geografía física y la topografía de Grecia; pero, ya que en este momento sólo atendemos á los progresos positivos de la ciencia, no podemos dejar de manifestar que las medidas de Eratóstenes atribuyen á la península de Grecia una extensión doble de la que tiene de oeste á este; y, por último, que si Polibio, seguido por Estrabón, rectificó un poco un yerro de tanto bulto, sólo pudo conseguirlo desfigurando la península italiana y haciendo del Bósforo una línea recta en dirección al norte del Helesponto, cuando en realidad la línea donde están situados estos estrechos se dirige casi del oeste al este.

Tales eran entonces los principales conocimientos geográficos que se tenían de Europa. Verdad es que Plinio y Ptolomeo nos darán todavía nuevas ideas; pero sigamos aún á Estrabón á las otras partes del mundo.





LIBRO SEXTO

Continúa el análisis de la geografía de Estrabón.—Asia aquende el monte Tauro.

ACOMPAÑAREMOS á Estrabón en sus excursiones al *Asia*, que era la parte del mundo que más se lisonjeaba de conocer perfectamente, merced á las expediciones de los macedonios y á sus propias investigaciones; aunque en realidad sólo tenía de ella una idea muy equivocada é incompleta. Según opinión de todos los antiguos, la supuesta cordillera del monte *Tauro*, reunión imaginaria de muchas series de montañas muy distintas, se extendía en línea recta á través del Asia entera, comenzando enfrente de Rodas y terminando en las cercanías de Thinaæ, que era el punto que se suponía más oriental. Estrabón atribuía á dicha cordillera 45,000 estadios de largo; y, siendo ésta precisamente la longitud del Asia, claro es que á juicio de los antiguos ésta

terminaba, á poca diferencia, en el punto donde la pequeña Bukharia confina con el gran desierto de Cobi.

La cordillera del Tauro atravesaba el Asia, dado que ésta se dividiese naturalmente en dos grandes partes, á saber: la situada al norte de estas montañas y llamada *Asia aquende el Tauro*, con relación al Asia menor, ocupada por los griegos; y la situada al mediodía, que se llamaba *Asia allende el Tauro*.

Estas partes se subdividían en otras, distinguiéndose en el Asia, aquende el Tauro, cuatro comarcas principales.

La primera región lindaba al occidente con el Tanais, la Meotis hasta el Bósforo, y el Ponto Euxino hasta la Cólquida; al norte con el Oceano septentrional y la parte de este mismo Oceano que se interná hasta la desembocadura del mar

Caspio; al oriente con el mar Caspio hasta la separación de la Albania y de la Armenia en el punto donde el Ciro y el Araxes terminan su curso; por último, al mediodía con el istmo que separa el Ponto Euxino del mar Caspio, siguiendo una línea que cruzaba la Albania y la Iberia desde la desembocadura del Ciro hasta la Cólquida, cuyo intermedio era calculado en 3,000 estadios.

Estos países estaban ocupados al norte por unos *escitas nómadas* que no tenían más habitaciones que sus carretas; más acá vivían los *sármatas* ó *sauromatas*, que, según Herodoto, eran una rama de los escitas; y los *siracios*, que se extendían por el mediodía hasta el monte Cáucaso; aunque entre estos últimos había tribus nómadas, y otras que vivían en tiendas y cultivaban la tierra. La capital de los siracios era un campo atrincherado y lleno de cabañas formadas por enrejados de mimbres, que llevaba el nombre de *Uspe*, y estaba situado á tres jornadas de distancia de la ciudad de Tanais. Bajo el reinado de Claudio, este pueblo, aunque bastante poderoso, fué destruído por los romanos ayudados de los *aorsos*, que era otra nación asiática, que se extendía á lo largo de las orillas septentrionales del mar Caspio, y tenía suma importancia, ya porque ponía 200,000 jinetes en campaña, ya porque iba al país de los armenios y de los medas á buscar, con el auxilio de camellos, las ricas mercancías de la India y de Babilonia; aunque también es muy posible que una parte de este comercio se hiciera por el norte del mar Caspio y por la Bactriana. Los *aorsos*, llamados también *adorsos* y *utidorsos*, ocupan precisamente las comarcas en donde Dionisio el Periegetes, contemporáneo de Estrabón, coloca los *ounos*, que, lo mismo que los *chunos* que Ptolomeo sitúa en el Boristenes, parecen ramificaciones de los famosos hunos. En

el idioma escítico la voz *aior* significaba *hombre*, y el nombre de *huno* parece tener el mismo sentido. Los georgianos y los persas llaman *chuns* á los ávaros del Cáucaso. Y ¿acaso la reunión de todos estos indicios no permite creer que los aorsos formaban parte de la gran nación húnica?

Junto á Meotis había los *meotas*, ó mejor, los diversos pueblos que los griegos y los romanos comprendían bajo esta denominación colectiva; al paso que en las orillas del Bósforo vivían los *sindos*, llamados *sintos* y también *sidones* ó *sindoneos*, que ya en tiempos de Herodoto y de Escillax habitaban á poca distancia de la doble desembocadura del río Koubán, llamado *Antikites* por Estrabón, é *Hipánis* por otros antiguos; los *aspurgianos*, ó habitantes de Asburgo, cuya ciudad, según una conjetura de algunos anticuarios del norte, es la Asgard de Odino; por último, los *aqueos* y los *heniocos*, naciones que parecen haber ocupado las tierras actualmente habitadas por los abasos, y cuyos individuos, colocados en unas naves muy abovedadas y llamadas *cameras*, talaban las costas del Ponto Euxino, ocultando en seguida su botín en unos encinares que han poblado siempre sus incultas montañas: su verdadero nombre ha sido probablemente adulterado por los griegos. En la misma costa, como quiera que más al interior, vivían los *zigios* ó *zigas*, que un viajero moderno ha creído reconocer en los *dschiki*, en un valle del Cáucaso; los *cercetas* ó *kerketas*, considerados no sin razón como los progenitores de los *tcherkesses*, que nosotros llamamos *circasianos*; y los *macropogonos*, ó sean pueblos de barba larga. Más arriba había los *phthirófagos*, ó sean comedores de sabandijas, que ocupaban los desfiladeros de las montañas; y los *soanos*, pueblo poderoso, valiente y bien gobernado, que poseía minas de

oro, y del cual existe todavía tal cual reliquia bajo el nombre de Tson y de Soán en uno de los más elevados valles del Cáucaso. A mayor distancia había los *iberos* ó *sapiros*, que poseían la fértil meseta denominada actualmente Georgia, que estaban divididos en cuatro castas, á saber: la real, la sacerdotal, la militar y la de los siervos, y que tenían ciudades bien construídas. No eran menos fértiles y risueñas las comarcas que contenía la Albania en las orillas del mar Caspio y del río *Ciro*, llamado actualmente *Kour*; y, aunque había en ella otros sitios montañosos, en cambio eran abundantes en riquísimos pastos. Los *albanos* eran menos civilizados que los *iberos*, pero más que sus vecinos los *legas*, que probablemente son los *lesgios* de nuestros días. En la parte descriptiva de esta obra cotejaremos las exactísimas noticias de Estrabón acerca de las riquezas naturales de las tierras caucásicas con el testimonio de los viajeros modernos. Nuestro geógrafo había tomado todas estas noticias de los escritos de los historiadores de Pompeyo, que se han perdido por completo.

A estas noticias, recientemente adquiridas, mezclaban los griegos las antiguas tradiciones de sus siglos heroicos. Verdad es que la *Cólquida* no tenía vellocino de oro, puesto que sus verdaderas riquezas consistían en telas finas, cera y brea; pero los geógrafos conservaban todavía la tradición relativa á un pueblo compuesto exclusivamente de mujeres, que ha puesto inútilmente á prueba la sagacidad de muchos eruditos. Ya Homero sabía que las *amazonas* existían en alguna parte del Asia menor; los historiadores sucesivos las colocaban en las márgenes del Termodonte en el Ponto; y los contemporáneos de Estrabón, no queriendo destruir un cuento tan poético, las trasladaron á los desconocidos valles del Cáucaso; pero nuestro geógrafo, siguien-

do á Teófanés, que había acompañado á Pompeyo, niega la existencia de aquellas mujeres belicosas, al menos en los países conocidos. Ptolomeo les señaló nuevos dominios en las márgenes del Volga; pero los escritores de la edad media acabaron por arrojarlas á Escandinavia, último asilo de muchas otras fábulas geográfico-históricas.

Como, á pesar de todo, algunos viajeros modernos han observado entre los circasianos una separación temporal de uno y otro sexo, cuya separación puede considerarse como indispensable entre unos pueblos pastores á la vez y bandideros, y como que entre las naciones caucásicas se ha conservado el recuerdo de las amazonas, á quienes llaman *emetch*, es muy posible que Procopio nos haya dado la verdadera solución del enigma al asegurarnos que las amazonas formaban una nación belicosa que acometía empresas lejanas y arriesgadas. En una de esas guerras perecieron todos los hombres, por cuyo motivo las animosas y desesperadas viudas se abrieron un camino á través de los enemigos y regresaron á su comarca natal.

La *segunda región*, situada arriba y al oriente del mar Caspio, se extendía desde este mar hasta tierras de Escitia que lindan con la India y con el Oceano oriental; y en ella vivían los *escitas*, los *hircenos*, los *bactrios* y los *sogdianos*. Verdad es que Estrabón comparte las ideas confusas de su siglo sobre el mar Caspio y el curso de los ríos Oxo é Iaxartes, mas no por esto ha dejado de tener noticias curiosas sobre el modo de vivir de aquellos pueblos y sobre la naturaleza del país que ocupaban.

Encuéntranse en el Mazederán las flores, las higueras y las viñas que tapizan las colinas de *Hircania*. El Dahistán ha conservado el nombre de los antiguos *dahas*; al paso que los *derbicios* andaban

divagando por donde divagan ahora los turcomanes, que son pastores y salvajes como ellos. La Bactriana veía madurar todos los frutos de Grecia, á excepción de la oliva, y los indígenas exponían á sus padres, encorvados bajo el peso de los años, á la voracidad de los perros; cuya costumbre se observa entre todos los escitas asiáticos, con más ó menos terribles accesorios; pero las costumbres y las artes de Grecia embellecieron á poco tiempo las ciudades de *Bactra* ó *Balkh* y de *Maracanda*, que es la Samarcanda de los árabes. Vagas son las noticias de Estrabón acerca del norte y del este, puesto que considera á los *masagetas* y á los *sacas* como dos grandes tribus escíticas; pero reconoce la incertidumbre que reina con respecto á la verdadera posición de aquellas naciones vagabundas que vivían de la pesca y de la leche de sus rebaños. Es, sin embargo, probable que las minas del Asia septentrional se hallaban entonces en manos de un pueblo más civilizado, porque los masagetas poseían oro y cobre, que son los únicos metales que se hallaban en los montes Altai. Entre los escitas asiáticos había los *chorasmios* y los *tocharos*, que dieron su nombre á dos comarcas actualmente conocidas con los de *Khovaresm* y de *Tocharistán*, de las cuales la una está situada á la desembocadura, y la otra á las fuentes del Oxo; circunstancia que concurre á probar que los escitas asiáticos, pero no los europeos, formaban la misma raza que en la actualidad lleva el nombre de *tártaros* ó de *turcos*.

Es difícil averiguar si Estrabón ignoró la existencia de los *seras*, ó si los copistas han falsificado en algún punto de su geografía el nombre de esta nación famosa.

En la *tercera región* del Asia, al norte del Tauro, nuestro geógrafo comprendía las tierras situadas en la meseta que for-

man las diversas ramificaciones de esta cordillera, siendo sus principales divisiones en la Media, la Armenia y la Capadocia.

Dejando la Bactriana por la Partia, nos abren la entrada de Media las *puertas caspias*. Indudablemente veríamos en ella ramblas sombrías, ó, por mejor decir, hendeduras causadas por los terremotos; las serpientes pulularían á nuestras plantas, y las aguas saladas destilarían de una bóveda de negruzcas rocas suspendidas sobre nuestra cabeza; mas nunca nos decidiremos á creer, como creían los antiguos, que este desfiladero esté situado casi en el centro del Asia.

La Media, libre por tanto tiempo de guerras, veía una multitud de canales de riego derramar la fecundidad en diversos puntos de su suelo, que actualmente está seco y cubierto de eflorescencias salinas. Las populosas ciudades de *Ecbatana* y de *Rages* conservan restos de la magnificencia de los reyes persas; y la gloria de Semirámide respiraba todavía en los lados de las rocas que hiciera cortar, para convertirlas en palacio, en medio de una provincia que trocó en pensiles encantadores. El adorador del fuego, mago ó sabeo, ejercía su inocente culto cabe la fuentes de nafta que se inflaman por sí mismas, y que los antiguos colocan en muchos puntos de Media y de las comarcas vecinas. Había también en Media una comarca muy montuosa, que ya en vida de Alejandro el Magno se hizo independiente, tomando de su libertador y nuevo amo el nombre de *Atropatenes* ó *Aderbáidjan*, que aun conserva. En el país de los *matienos*, pueblo sometido al Atropatenes, había un vasto lago de agua muy salada, llamado *Spauta*, ó sea el lago Ourmyah de los modernos; pero los confines de Armenia y de Media estaban bañados por otro lago todavía más vasto, que en Ptolomeo lleva el

nombre de *Arsissa*, y en nuestros mapas el de *lago de Van*. Estrabón, más exacto que Tavernier, observa que las aguas de este lago son muy salobres. Había en el Atropatenes algunas comarcas abundantes en vino, trigo, higos y otros frutos, al paso que en los *campos Niseos*, cuya posición es imposible fijar exactamente, divagaban rebaños innumerables.

En las montañas de *Zagros* y de *Nifates*, que cercaban la Media al occidente, se notaba, entre otros pueblos salvajes, á los *cirtios*, que probablemente son los *carduchos* de Jenofonte, los *gorduenos* de Plutarco, los *korduenos* de Amiano Marcelino, y los *curdos* de los modernos. Las armas de Marco Antonio, de Trajano y de Juliano, vieron atajado su curso por la fragosidad de estas montañas. Del lado del norte hay otras tierras, también montuosas, donde vivían las poco conocidas tribus de los *tapiros*, de los *mardos* ó *amardos*, de los *caspios*, y de la poderosa nación de los *cadusios*, que estaba diseminada entre el Cáucaso y la Bactriana, y que era llamada por los orientales *gelas* ó *geloios*, nombres que acaso pueden reconocerse en el de la provincia de Ghilán y en el de ghelakos que llevan sus habitantes.

La Armenia, bien conocida posteriormente por las guerras de partos y romanos, era muy poco visitada en tiempo de Estrabón; y así es que este geógrafo no describe las fuentes del Tigre con tanta exactitud como el antiguo Herodoto, que por cierto no dejaba de conocer los diferentes brazos de este río. Más recientemente Plinio adquirió la noticia de que muchos de esos brazos desaparecían debajo de las montañas para aparecer de nuevo en otro territorio más bajo. Estrabón reseña cumplidamente el brazo septentrional del Eufrates, pero Ptolomeo es el único que describe con toda claridad el Murad ó el Eufrates meridional,

indicado por Jenofonte. El *Araxes*, que siempre ha confundido al parecer sus bocas inciertas con las del Ciro, descende de la misma meseta de Armenia; cuya fresca temperatura conservaba el verdor de los pastos, animados por una bellísima raza de caballos, al paso que las montañas del norte quedaban coronadas eternamente de nieve, y al paso que el sol del mediodía sazónaba la uva y la oliva en algunos de los valles bien situados. En tiempo de Estrabón florecían sobremano las ciudades de *Artaxata* y de *Tigranocerta*, que en los siglos cuarto y quinto quedaron eclipsadas ante el esplendor mercantil de *Theodosiópolis*, que también en la edad media cedió la palma á *Arzen*, ó sea la moderna Erzeroum, á Kars, y á otras ciudades que aun existen, y cuyos nombres prueban al parecer que el idioma del pueblo armenio no ha sufrido nunca alteraciones, por más que un contratiempo harto riguroso haya reemplazado en Armenia el culto voluptuoso de Anaitis ó de la Venus asiria.

Dejando el Eufrates, entramos en la *Capadocia*, que es una meseta rodeada por las cordilleras del Tauro y del Anti-Tauro, tantas veces confundidas por los antiguos. Las áridas y secas llanuras de la Capadocia, propiamente dicha, producían trigo y una raza de caballos muy celebrados por su ligereza; del lado del norte, y en dirección al Ponto, había unos bosques bellísimos; y en una parte de Capadocia, vecina al Eufrates y llamada *Pequeña Armenia*, se veía el distrito de Melitenes, adornado de verjeles y viñedos. Capadocia estaba llena de fortalezas, pero no contenía más que una ciudad importante, que era la de *Masaca* ó *Cesárea*, el Kisariech de los modernos, situada al pie del monte Argeo, que actualmente lleva el nombre de *Erdschir* y cuya cúspide está coronada de perpetua nieve. Los capadocios, igualmente lla-

mados *sirios blancos*, y probablemente oriundos de la raza aramea ó siríaca, se negaron á admitir la libertad que los romanos les ofrecían, y prefirieron sujetarse voluntariamente á un dueño absoluto. La venta de esclavos formaba una de las principales rentas de los señores de Capadocia.

En cierta parte de la Capadocia, llamada *Cataonia*, visitó Estrabón un templo consagrado á Belona, que era la misma diosa que Rhea ó Cibeles, y que los habitantes llamaban *Ma*, cuyo sumo pontífice ejercía en aquella provincia casi una autoridad soberana. Había en el Ponto otro templo semejante, que, como el primero, llevaba el nombre de *Comana*. Uno y otro habían dado origen á ciudades populosas, habitadas en parte por sacerdotes, peregrinos devotos y hermosuras venales; pero sobre todo la Comana del Ponto, de que hablaremos más abajo, traía á la memoria la opulencia y los placeres de Corinto.

Las costas de Capadocia, junto al Ponto Euxino, y algunas comarcas marítimas de las cercanías, poco antes del tiempo de Estrabón habían recibido el nombre de *reino del Ponto*, que, tomado en muchos sentidos más ó menos extensos, complica extraordinariamente la geografía antigua peculiar de esas tierras. La parte oriental linda con una encumbrada cordillera, abundante en hierro y en cobre; las rápidas corrientes que de ella descienden hacen espumar el mar á larga distancia, y los desfiladeros de donde salen dan origen á impetuosos terrales. Los salvajes que en ella había conocido Jenofonte conservaban en gran parte todavía sus nombres, su carácter y su método de vida; los *mosinecos* continuaban en la costumbre de hacer unas torres muy altas de madera como asilo de sus latrocinios, y de estas pequeñas fortalezas, llamadas *mosini*, tomaban el

nombre. También hacían uso de unos botes de corteza de árbol, iban desnudos, pintábanse la espalda de diferentes colores, y no se avergonzaban de tener comercio público con sus mujeres. Los soldados de Pompeyo, como los de Jenofonte, experimentaron los funestos efectos del aguamiel venenoso que aquellos salvajes les ofrecían, á fin de acabar con ellos á su placer. Los calibes, llamados igualmente *caldeos* y *caldos*, han legado su nombre al monte Tchildir, al paso que también hay el monte Dchanik, que recuerda otra tribu denominada *sanni* por Estrabón, aunque otros escritores la designan con el nombre de *thianni* y *tzani*; ¡tan difícil es trasladar un nombre propio de una lengua á otra! Estos pueblos son los que algunos escritores más antiguos llaman *macrones* ó *macrocéfalos*, es decir, gentes de cabeza abultada. La ciudad de *Trapezo* ó *Trebizonda* no tenía aún la importancia que adquirió en los tiempos de Adriano, y especialmente en la edad media, bajo el imperio de los Comnenos.

En la parte oriental del Ponto, donde las montañas son más bajas y se extienden más allá de la costa, había entonces unas colinas sombreadas por el trigo candeal, el olivo y toda especie de árboles frutales, á cuyo pie corrían el *Halis* y el *Iris*. Allí es donde se mostraban las ciudades de *Amasea*, patria de nuestro geógrafo; *Cabira*, que contenía un templo dedicado al dios de la Luna y que probablemente era la *Neo-Cesaria* de los escritores sucesivos; *Comana Pontica*, no menos célebre por un templo y un oráculo, probablemente el *Tokat* de nuestros días; y, por último, *Amiso*, ó sea la *Samsoun* de nuestros días, una de las residencias de los Reyes del Ponto, protegida por los romanos, y señora de muchas comarcas, entre ellas la de *Gadilonitis*, afamada por sus carneros de finísimas lanas.

Estas regiones del Ponto no van comprendidas expresamente en la *cuarta región* del Asia, más acá del Tauro, pero Estrabón atribuye á ésta todo el resto del Asia menor, sin exceptuar la Cilicia, que está situada indudablemente al sur de las montañas.

Embargado aquí nuestro geógrafo por los recuerdos históricos y poéticos, se entrega á una multitud de detalles ajenos al objeto que nos hemos propuesto. Recorramos ligeramente la *Paflagonia*; las altas montañas de esta comarca que forman la cordillera de *Olgassis*, cubiertas de bojedaes, y que en nuestros días llevan el nombre de *Elkas-Dagh*; sus costas, cuyas viñas y olivos arrostraban en algunos puntos el ímpetu del cierzo; y sus ciudades mercantiles, entre las cuales la de *Sinope* estaba adornada de bellísimos edificios, y aun conservaba una nombradía que iba á ceder á Bizancio. Recorramos rápidamente la *Bitinia*, situada tan cerca de Tracia, de la que, según los antiguos, ha recibido sus habitantes; país agradable y fértil, que ya en tiempo de Jenofonte producía todos los frutos de Grecia, á excepción de la oliva; país que ha merecido las alabanzas de los escritores sucesivos por sus excelentes maderas de construcción naval, sus canteras de mármol, sus cristales de roca y sus sabrosísimos quesos; y adornado de muchas y muy hermosas ciudades, como *Calcedón*, llamada también *Kalchedón* en algunas medallas y manuscritos; *Nicea* y *Nicomedia*, metrópolis siempre rivales; y al pie del Olimpo, *Prusa*, que si bien tenía muy poca importancia en tiempo de Estrabón, reunió, sin embargo, por sí sola, en la edad media, los restos del esplendor de todas las otras.

No nos dejemos, pues, detener por Estrabón en las costas de *Misia*, de que forma parte la *Tróada*, y en donde no

hay aldea que no ofrezca material al geógrafo griego para una disertación. Al par de los montes seguramente apócrifos de los héroes de la *Iliada*, y entre muchos escombros menos imponentes que célebres, florecían *Cízico* con sus dos puertos, y construída de mármol extraído de la isla *Proconeso*, ó sea la Mármara de nuestros días; *Lámpsaco*, rodeada de viñedos; y *Pérgamo*, tan afamada por su biblioteca de 200,000 volúmenes, por la invención del pergamino, y por la circunstancia de ser mencionada poco tiempo después por Estrabón como la ciudad más importante del Asia.

Vamos á ver con igual rapidez la meseta del interior, ó sea la *Frigia*, de la cual se habían desmembrado la *Galacia*, situada al norte, y la *Licoania* al este. Sabido es que en la olimpiada CXXV de las comarcas septentrionales de Frigia fueron invadidas por un ejército de gálatas ó de celtas, procedentes de los países situados entre los Alpes y el Danubio, y entre los cuales San Jerónimo creyó reconocer la misma lengua que en su tiempo hablaba el pueblo en Tréveris; lo que, siendo cierto, probaría que aquellos celtas estaban mezclados con germanos. La principal ciudad del país, denominada *Ancira*, no disfrutaba todavía, en tiempo de Estrabón, de la importancia y brillo que Ptolomeo y los escritores subsiguientes le atribuyeron.

La *Frigia*, propiamente dicha, comprendía entonces las ciudades de *Synnada*, construída de mármol blanco salpicado de rojo; *Apamea*, plaza mercantil importantísima, llamada por sobrenombre *Cibotos*, es decir, cofre ó almacén; *Laodicea*, embellecida por numerosos monumentos y enriquecida por la fina lana de los carneros que se criaban en sus contornos; *Cibira*, situada en la frontera de Frigia y de Licia, y apellidada *la grande*; y, por último, *Coticeo*, situada

al norte, y que en la actualidad es la capital de Antolia con el nombre de *Koutayeh*. La parte más occidental de Frigia, en las orillas del Hermo, llevaba el nombre de *Catacecaumenes*, es decir, región abrasada, y era una llanura al parecer cubierta de cenizas, cuyo suelo, donde se veían tres cráteres de volcanes apagados, y que probablemente no es otra cosa que lava descompuesta, era muy apto para el cultivo de la viña. Los habitantes de Hierápolis, en las márgenes del Meandro, regaban sus campos con el agua de las fuentes termales que abundan en aquella comarca, y que, deponiendo el carbonato de cal de que están impregnadas, formaban acueductos naturales. Los viajeros admiraban también en aquella comarca una gruta que exhalaba vapores mortíferos, y todo el piso estaba formado de una roca que al tocarla se reducía á polvo entre los dedos.

La *Licaonia*, cuya capital era *Iconio*, ó sea la moderna Konieh, ofrecía en sus vastas llanuras, cubiertas de eflorescencias salinas, un alimento muy bueno para los numerosos rebaños de carneros de lana basta, de la que sacaba la primera materia de una tela frigia, que era una especie de frisa. La mayor parte de Licaonia carecía de agua potable, como que sólo contiene lagos salados que cogen grandes trechos; y la naturaleza del terreno continúa siendo la misma en las dos pequeñas comarcas de *Milias* y de *Isauria*, situadas en parte en el monte Tauro, y cuyas capitales llevaban el mismo nombre. Los más considerables de dichos lagos salados son el *Tatta*, en Licaonia, el *Carolís* en Isauria, y el *Ascania* en Milias; siendo probablemente este último el que, según Aristóteles, contenía en su superficie agua también buena para beber, al paso que la del fondo estaba impregnada de salitre, ó, por mejor decir, de anatrón; circunstancia que

Plinio atribuye equivocadamente al lago Ascanio, en la parte de Bitania llamada *pequeña Frigia*.

Componían los frigios una de las más grandes naciones del Asia menor, y no descendían de la raza siriaca ó aramea; pero, aunque muchos antiguos los suponen oriundos de Europa, sus propias tradiciones los representaban como indígenas desde tiempo inmemorial. Probablemente sucede lo mismo con los *lidios* y los *caros* ó *carios*, que ocupaban las costas occidentales del Asia menor antes de la invasión de las colonias griegas. Los primeros de estos pueblos reinaron momentáneamente sobre toda la península hasta el río Halis, al paso que los otros se enseñorearon de todos los mares vecinos.

La *Lidia*, cuyo monte Tmolo, perfumado de azafrán, daba nacimiento á las aguas del Pactolo, cargadas de pepitas de oro; y la *Caria*, donde comienza el Tauro; han mudado de límites con mucha frecuencia. *Sardes*, la capital de Creso, era todavía una ciudad importante, pero ya no contenía ningún monumento que recordara el esplendor de los antiguos lidios, á quienes se atribuye la invención de la moneda, los juegos gimnásticos, el arte de tejer la lana y otros muchos.

En las orillas del mar Egeo se extendía la *Eólida*, que propiamente no era más que la costa de la Misia meridional, y de cuyas ciudades no había más que una digna de ser mentada, á saber: la de *Kima*, llamada en latín *Cumas*. En tiempo de Estrabón florecía, más al mediodía y á lo largo de Lidia y de una parte de Caria, la *Jonia*, comarca privilegiada donde los griegos habían abierto un asilo á todas las artes y ciencias, á fuer de herederos inteligentes y afortunados de la antigua civilización asiática. De todas las ciudades jónicas *Éfeso* y *Esmirna*

eran las más distinguidas, y durante todo el tiempo del imperio romano continuaron siendo el asiento del comercio. Esmirna, tal cual entonces existía, fué fundada por Antígono, y no por Alejandro, á 20 estadios mas arriba de la antigua ciudad del mismo nombre. *Mileto*, que antes que los atenienses poseyeran la menor escuadra había sido dueña del Ponto Euxino; *Mileto*, que había fundado setenta y cinco ú ochenta colonias; era todavía una gran ciudad, pero ya había perdido su industria y sus riquezas. Los terreros formados por el Meandro, ya indicados por Estrabón, aunque probablemente exagerados y mal comprendidos por los modernos, ocasionan muchas dudas acerca de la verdadera posición de Mileto y de las otras ciudades vecinas al *golfo látmico*, dudas que disiparemos en nuestra descripción del Asia menor.

Los *dorios* habían fundado en las costas de Caria algunas ciudades que por lo común eran comprendidas en la misma Caria. La ciudad más importante de todas era *Halicarnaso*, llamada anteriormente *Zefira*, tan magníficamente construída como bien fortificada, donde se contempla con admiración el mausoleo erigido por Artemisa, y en cuyo recinto habían nacido Herodoto, el padre de la historia; el historiador Dionisio, el poeta Heráclito y Calímaco. En segundo lugar aparecía *Gnido*, donde no podía menos de admirarse la Venus de Praxiteles, y donde nacieron los Eudoxios, los Ctesias y los Agatarchides.

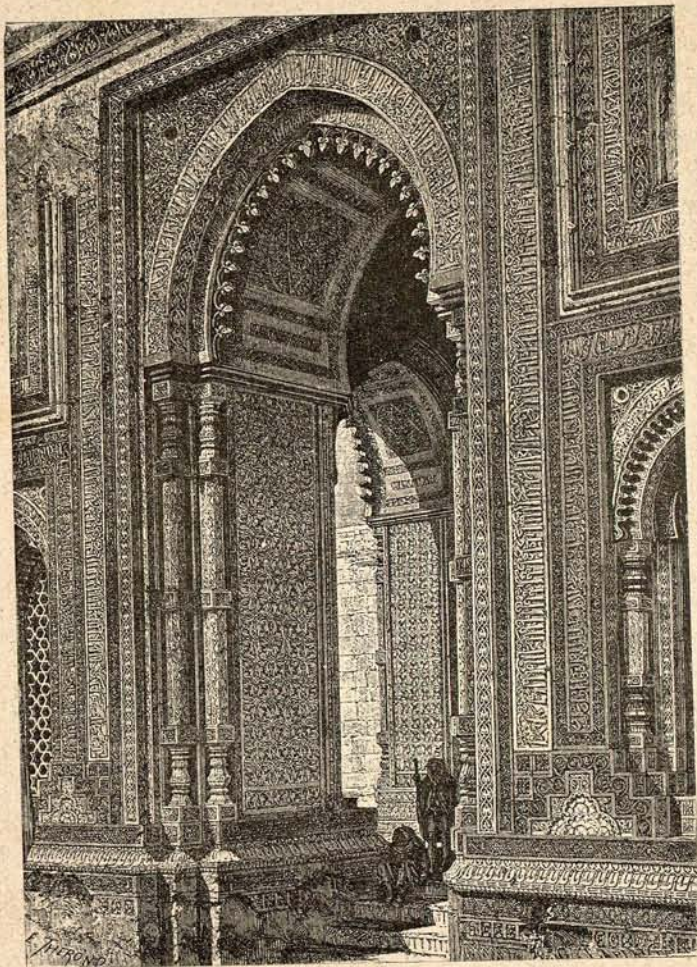
A lo largo de las costas eólicas, jónicas y dóricas, muchas islas, favorecidas aún por la naturaleza, ostentaban todavía las suntuosas reliquias de su antigua grandeza. Distinguíase entre ellas á *Lesbos* ó *Mitilene*, que acababa de sustraerse á la tiranía de Sila, merced al historiador Teofanes, que interpuso su valimiento con Pompeyo para protegerla; *Chios*,

que abundaba en almáciga, que extraía néctar de sus viñas arvenses, y que contenía, si no la más opulenta ciudad de Grecia, como en otro tiempo, por lo menos una ciudad libre é importante; *Samos*, que, menos floreciente, no poseía mas que sus hermosos vidriados y sus numerosos modelos de escultura, y de cuyas ciudades [la capital, que en lo antiguo era una de las más considerables de Grecia, se hallaba ya completamente decaída, al paso que la pequeña pero elegante ciudad de *Cos* seguía mejor conservada; por último *Rodas*, «la esposa del Sol,» como dice Píndaro, conservaba sus ventajas naturales, su puro ambiente, sus maderas de construcción, sus uvas, sus higos y sus mármoles, y se enriquecía todavía con la industria de sus fabricantes y de sus artistas, aunque su marina y comercio habían sido envueltos en la ruina de su libertad.

El geógrafo cuyos pasos seguimos se detiene con cierto interés en la constitución de las repúblicas confederadas de *Licia*, minada ya por Bruto, y aniquilada por el emperador Claudio. Después de la caída de *Xanto*, la principal ciudad de este país era *Patara*, abundante en hermosos cedros y plátanos. En el distrito de Hefestión, y en la rambla del *Chimera*, se veía como revolotear sobre el césped, sin destruirle, una multitud de fuegos que salían de la tierra. La *Pamfilia* era antiguamente una simple faja marítima; pero bajo el imperio de los Reyes de Siria llegó á ser una provincia extensa, que comprendía una parte considerable de la áspera *Pisidia* con *Sagalaso*, que se jactaba de ser una colonia de Lacedemonia, y que tal vez no es otra que la ciudad turca llamada actualmente *Esparta*. Aquí Estrabón, prescindiendo acertadamente de su división sistemática, pasa el monte Tauro para describir, á continuación de las otras provincias del Asia me-

nor, la *Cilicia*, dividida en dos partes, á saber: la llamada por sobrenombre *Tracheia*, ó en latín *Aspera*, que significa la montañosa, y la *Cilicia* propia. En seguida recorre las montañas que cubiertas de

cedros y de pinos limitaban aquellas comarcas, y entre las que se distinguía el *Amano*, que contenía el desfiladero denominado *puerta de Siria*; y además hace una pintura de la fértil y risueña lla-



nada donde se veía la ciudad de *Tarso*, que por su escuela histórica rivalizaba con *Alejandro* y *Atenas*. Según *Estrabón*, el *antro Poricio*, descrito por *Mela* con tanta pompa, aunque con muy poca claridad, no es más que una profunda cuenca circuida de montañas y sombreada por la frondosidad de unos bosques siempre verdes; y en su fondo, que es

donde crece el mejor azafrán, se halla un verdadero antro, de donde brota un arroyo, cuyas aguas, tan límpidas como amargas, desaparecen debajo de la tierra. De esta suerte todas las maravillas de *Mela*, y las misteriosas mansiones de sus deidades, consisten meramente en un fenómeno tan interesante como sencillo y natural. Después de esta hermosa descripción

del Asia menor, Estrabón bosqueja, aunque con sobrada rapidez, la isla de *Pipro* ó Chipre, enriquecida con todos los dones de la naturaleza y perfectamente conocida de los antiguos. Los sabrosísimos frutos de esta isla, sus granados plantados, según decían, por la mano de Venus; sus higos, de los que se extraía su excelente vinagre; sus arbustos, que destilaban la preciosa goma llamada *ládano*; sus perfumados aceites, su aromática miel, sus vinos sacados en parte de cepas colosales; su trigo candeal, tan apetecido de los golosos; su cáñamo, las maderas de construcción de sus bosques, objeto de rivalidad entre los Reyes de Egipto y los de Siria; las antiguas minas

de cobre que dieron su nombre á la isla; sus piedras preciosas, su jaspe, su asbesto: he aquí algunas de las ventajas atribuidas por los antiguos á esta isla, que en tiempos de Estrabón contenía á buen seguro un millón de habitantes por lo menos, puesto que en los de Trajano los judíos se sublevaron, sacrificando en ella 240,000 personas. *Salamis* continuaba siendo la ciudad más importante; *Citeo* recordaba el *Cethim* de la geografía de los hebreos; y *Pafos*, consagrada á Venus, conservaba todavía este nombre tan caro á las Gracias, por más que el emperador Augusto probara añadirle el suyo.





LIBRO SÉPTIMO

Continúa el análisis de Estrabón.—Asia allende el monte Tauro.—Viajes de Megastenes y de Nearchos.

EL *Asia de mas allá*, es decir, al mediodía del monte Tauro, llena en Estrabón los libros décimo quinto y décimo sexto de su geografía. Empezando al oriente, se hallaban los *indios*, que pasaban por la nación mas fuerte y numerosa del Asia, y cuyo país confinaba, según Eratóstenes y Estrabón, con el Oceano oriental y la parte meridional del Oceano Atlántico. Al occidente de la India se extendía una comarca espaciosa, pero poco poblada, en razón de la esterilidad de su suelo, y ocupada por diferentes naciones enteramente bárbaras, á saber: la *Ariana*, que contiene entre sus partes al *Aria*, y que se extendía desde el monte *Paropamisso* hasta la *Gedrosia* y la *Carmania*; los *persas*, los *susianos*, los *babilonios*, algunos otros pueblos de menos valer, la *Mesopotamia*, la *Siria*, los *árabes* y los *egipcios* hasta el Nilo.

No ha añadido Estrabón noticia algu-

na á las que había tenido Eratóstenes acerca de las comarcas orientales del Asia; y en su mapa orientaba de tal suerte la India, como quiera que Megastenes hubiese dado de ella las verdaderas dimensiones, que la costa occidental aparecía meridional, que la península dejaba de serlo, y que la punta meridional de toda la India estaba situada en la misma latitud que Meroe. Estrabón confiesa que todos sus conocimientos sobre la India se reducen á las comarcas situadas al oeste del Hifasis y del Indo, conquistadas por Alejandro y descritas por Onesicritus y Aristóbulo, compañeros de este héroe; aunque la relación del embajador Megastenes le había suministrado alguna noticia de los países situados sobre el Ganges y de la gran ciudad de *Palibothra*. Lo que parece no haber conocido es el itinerario de las marchas de Seleuco, del que Plinio tenía á la vista un extracto; pues, aunque es verdad que cita á

Nearco, no ha acertado á sacar todo el partido posible de la relación de este almirante de Alejandro. Finalmente, como que los originales consultados por Estrabón son los mismos que dos siglos después proporcionaron á Arriano los materiales de su descripción de la India, procuraremos combinar el análisis de ambas relaciones.

Los manantiales del Indo, tan desconocidos á nuestros geógrafos como á los de Alejandro, se hallan probablemente á unas cien leguas de distancia noroeste del punto donde este río se muestra ya caudaloso y se abre un cauce á través de las cordilleras del *Paropamisos* y del *Imao*, llamadas *Cáucaso* por los macedonios. El elevado valle, ó acaso la meseta regada por el Indo en esta parte de su curso, actualmente casi desconocido, pertenecía al imperio de los persas, y constituía la India, tal cual la conocían Herodoto y Ctesias. Allí vivían los *gandarios*, conocidos también de Estrabón, aunque entonces se hallaban esparcidos más al mediodía; allí había los antropófagos *padeos*, vecinos á los bactrios, que habitaban la comarca de Pader ó el pequeño Tibet, llamado también *el Parestán*, de donde se deriva el nombre de *Parianos* en los escritos de Mela; y finalmente, allí corre el Indo de occidente á oriente, según han asegurado Herodoto, Hiparco y otros. La India de Herodoto estaba separada de la Bactriana por la comarca de *Pactyica*, situada cerca de la ciudad de *Caspatiros*; lo cual induce á creer que la *Pactyica* era el país de Badakhchan. La voz *Caspatiros*, que es persa, y significa puerta de montañas, acaso debe aplicarse al *Kutwere* de nuestros días. No habiendo Alejandro avanzado mucho en aquellas altas regiones, las antiguas verdades consignadas por Herodoto fueron envueltas en un ingrato olvido, el respeto se guardó únicamente para las fábulas, y el nú-

mero de los antiguos cuentos sacados de las añejas relaciones semipoéticas sobre la Cólquida, la Escitia y la Libia, fué aumentado con el de los relativos á las horrigas que explotaban minas de oro. La India fué el último asilo de los pigmeos y sus rivales, las grullas, los hombres con cabeza de perro, los que careciendo de boca vivían del olor de las flores, y muchos otros pueblos fabulosos, destrerrados de país en país por el progreso de los descubrimientos. La pasión que animaba á los griegos por atribuirse la honra de haber civilizado al mundo indujo á considerar á su Baco como el primer conquistador de la India, no obstante que el poeta Eurípides no supo llevarle sino hasta las murallas de Bactres; al paso que su sacra montaña llamada *Nisa*, situada anteriormente cerca de Fenicia y de Egipto, fué reconocida súbitamente en una de las ciudades del Indostán, denominada *Nischa* y consagrada á *Dewanischi*, deidad india que algunos han tomado por el *Dionisos* de los griegos.

Dominados por el ardor de sacrificarlo todo á lo maravilloso, y alucinados además por la circunstancia de llegar en la estación de las lluvias, los griegos exageraron la anchura de los ríos del Indostán, entre los cuales conocieron especialmente el Indo. Por un momento Alejandro le tomó, al parecer, por el Nilo egipcio, en razón de llamarse también *Nil-Ab*, ó río azul, equivocación que no ha dejado de reproducirse. D'Auvillle, Renel y Wahl no han podido dilucidar las relaciones de los antiguos en orden á los ríos que desaguan en el Indo, ya del lado del este, como el *Cofes*, el *Choaspes* ó *Choes* y el *Suasto*; ya del lado del oeste, como el *Hidaspes*, ó sea nuestro *Bihol*; el *Acesines*, ó sea el moderno *Tchenab*, llamado en sanscrito *Tchandarbhagaga*, del que Ptolomeo hizo su *Sandabala*; el *Hidraotes* de Arriano, llamado *Hiarotis*

por Estrabón y *Rhuadis* por Ptolomeo, el Beyah de nuestros tiempos; el *Hifasis*, que atajó las marchas de Alejandro; el *Hipanis* de Estrabón y de Diodoro; el *Bibasis* de Ptolomeo, llamado *Bipascha* en sanscrito; por último el *Saranges* de Arriano, llamado *Hesidro* por Plinio, *Zaradio* por Ptolomeo, y Setledje ó Satladche en nuestros mapas. Si hemos de creer á Megasthenes, el Ganges recibía diez y nueve ríos grandes, entre los cuales se distinguen el *Iomanes*, el Iobares de Arriano, ó sea, nuestro Djemnah; el *Sono*, nuestro Soane; el *Erannoboas*, cuyo nombre ó epíteto sanscrito ha debido ser *Hiraniabaha*, es decir, que arrastra oro, y cuya desembocadura estaba cerca de la ciudad de Palibothra; el *Condochates*, que es el moderno Gonduk; el *Cainas*, probablemente el Gagra; el *Agoranis*, el *Amistis* y otros sobre los cuales reina mucha variedad de opiniones. La incertidumbre es mucho mayor si se trata de encontrar el caudaloso río que debe de correr en las extremidades de la India, y que los antiguos llaman *Diardanes* y *Oidanes*; aunque no faltan razones para creer que es el Burrampooter ó Brahmapoutra, que sólo conocemos en su totalidad desde fines del siglo décimo octavo.

Los griegos contemporáneos de Estrabón hablaban de los mismos países y de las mismas naciones, cuyos nombres, comunmente mal interpretados, habían llamado la atención de los griegos contemporáneos de Alejandro. Así es que Estrabón cita el reino de un tal *Poros* que envió embajadores á Augusto; mas el nombre de *Poros* ¿pertenece á una familia ó á una dignidad? Seguramente que los príncipes *Musicano*, *Oxicano* y *Porticano* no han vivido tres ó cuatro siglos, lo mismo que el *Poros* de Alejandro; mas es evidente que la sílaba *can* ó *kan* no tanto es un nombre personal como de

dignidad. La situación de los estados de aquellos príncipes, correspondientes á la de la *Indoscitia* de Ptolomeo y del país de los *hunos blancos* de Cosmas, nos autoriza á admitir una invasión de las hordas turcas y mogolas anterior á Alejandro, y acaso reiterada con frecuencia. Mayor es la certidumbre con que hallamos á los *caspiros* en el famoso valle de Cachemira, ó, como se dice en sanscrito, Kaschapmer; la región *Peukelaotis* en la comarca de Pekhely; la poderosa nación de los *mallos* en el Moultan, llamado *Mel* por Moisés de Korena, y la *Patalena*, es decir, la tierra entrecortada en el delta del Indo. Sería posible que los *cateos* de Arriano, los *cataros* de Diodoro y los *catrivos* de Ptolomeo designaran á los rasbudos modernos, cuya mayor parte son de la casta de los *koteros* ó propietarios de bienes raíces, y de la de los *kschatria* ó guerreros.

Nos parece todavía más evidente que los grandes reinos de los *prasios* y de los *gangáridas*, cuyos innumerables elefantes y carros de guerra causaron tanto pavor á los macedonios, están indicados en los libros sanscritos bajo los nombres de *pragos* ó de imperio de Oriente, y de *Gangaradessa* ó reino de Ganges. Este último comprendía una parte de la Bengala, y el primero se extendía desde los confines de los *gangáridas* hasta la otra parte del Djemnah. Según d'Anville y otros sabios, la famosa ciudad de *Palibothra*, que era la capital de los *prasios*, correspondía á la moderna Allah-abad, llamada antiguamente *Prag*, y honrada con el epíteto de reina de las ciudades santas; pero como los itinerarios publicados por Plinio situán esta ciudad á 425 millas romanas al este de la confluencia del Djemnah, Rennel la buscó por las cercanías de Patna, donde efectivamente ha existido una ciudad denominada *Patalipoutra*, y hay además investigaciones

más recientes que inducen á reconocer esta capital en Rajemahl, llamada en otro tiempo *Balipoutra* en Bengala. Por desgracia las contradicciones que envuelven las medidas de Plinio desde el Djemnah hasta Palibothra, y desde allí hasta las bocas del Ganges, hacen este problema muy poco susceptible de una resolución.

Estrabón conoce apenas la península meridional de la India de este lado del Ganges, como quiera que había ya sido visitada por las flotas de Ptolomeo; pues habla muy vagamente de un rey *Pandión*, cuyos embajadores llevaron á Augusto presentes muy sencillos, muy extravagantes, y que parecen demostrar que la antigua civilización de la India se hallaba casi enteramente concentrada en las comarcas del Ganges y del Indo. Los *pandiones* ó *pandas* de los antiguos son la antigua dinastía de los pandos ó panduwan que, según los libros de los indos, ha reinado por espacio de trescientas sesenta y dos generaciones sobre el reino de Madure, cuyo nombre sanscrito *Pandi-mandalam* tradujeron los antiguos por *regia Pandionis*.

En una época en que la gran península de este lado del Ganges era desconocida, se comprende desde luego que las ideas de Estrabón acerca de *Taprobana* ó Ceilán no podían dejar de ser muy imperfectas. Ya Eratóstenes había descrito aquella isla con arreglo á las tradiciones recogidas en Palibothra por Megastenes, colocándola al mediodía de la India, á veinte jornadas de navegación del *cabo de los coliacos*, aunque de una navegación sobremanera lenta, y atribuyéndole 5,000 estadios de ancho por 7,000 ó tal vez 8,000 de largo. Estrabón suponía la isla tendida de oriente á occidente hacia Etiopía, y paralelamente á la costa de la India; y aunque Onesicrito la situaba solamente á siete jornadas de navegación y le atribuía 5,000 estadios de superficie,

cuya medida debe entenderse probablemente de la circunferencia, el resultado es que no tuvo mucha aceptación. Aun parece que Taprobana fué considerada algunas veces como la extremidad de una gran tierra austral que se incorporaba al África; y esta opinión fué atribuída á Hiparco, aunque tal vez sin fundamento. Casi estamos por creer que, habiendo los antiguos tomado primeramente por isla la península de Decán, aplicaron sus medidas á la isla de Ceilán, que conocieron después.

Las noticias históricas de los antiguos habían hecho más progresos con respecto á las instituciones y á las costumbres de los indos que con relación á la geografía propiamente dicha. Lo que les había llamado la atención era la división por castas; mas, habiendo tomado por clases principales algunas subdivisiones, de ahí es que contaron *siete* en lugar de cuatro; y en la de los *sofistas*, por ejemplo, involucraban á los sabios bramines ó *bracmanes* con los *alfaquies*, que tanto pasmaron á los macedonios por su permanencia bajo la dilatada sombra de los árboles, la santidad de su obscena desnudez y sus tormentos voluntarios. Los *germanos*, ó, por mejor decir, los *sarmanos*, de que habla Estrabón, según Megastenes, eran al parecer los *schamans* ó sacerdotes de la religión de Buda. La segunda casta, que era la de los guerreros y comprendía á los *tchetris*, los *ksatris* y los *radjhas*, corresponde á las clases quinta, sexta y séptima de Megastenes. La de los cultivadores ó arrendadores era respetada, aun en el encarnizamiento de las guerras; y pagaba, ni más ni menos que actualmente, el cuarto de los productos de sus campos. Esta misma clase, junto con la de los pastores, cazadores y mercaderes que venden todo lo necesario al alimento del hombre, constituye la casta de los *vaiehis*, de la cual

han salido posteriormente los negociantes; siendo la segunda, la tercera y en parte la cuarta de Megastenes. La casta de los *chuders*, compuesta de los artesanos y trabajadores de toda especie, es la que más se subdivide, y constituye la cuarta del pueblo indo; viniendo también comprendida en la cuarta de Megastenes. Sin embargo, las dos últimas clases, en que los antiguos colocan á los inspectores y los consejeros del rey, son indudablemente divisiones arbitrarias. La esclavitud, conocida entre los indoescitas, no lo era entre los verdaderos indios; ni tampoco hay circunstancia alguna que indique la miserable existencia de esas castas que horrorizan á todas las castas, aunque los reyes se representan ya revestidos de un poder despótico y provistos de un numeroso serrallo.

Dotado de soberbia estatura, cubría su cabeza, el indio, con un turbante de algodón, colgaba de la nariz y de las orejas zarcillos de oro; teñíase la barba de varios colores, y sus largos vestidos de algodón le llegaban hasta la mitad de la pierna: el arroz le proporcionaba una bebida espirituosa, y dispuesto en *pitru* constituía su alimento ordinario; siendo únicamente los cazadores los que comían carne. Este pueblo afeminado pasaba los ratos de ocio entre la música, el baile y un largo reposo á la sombra de un quitasol: las personas de distinción sabían escribir, pero los caracteres de los indios son insuficientes para resolver las dudas relativas á sus antigüedades, puesto que estaban trazados en hojas de palmera. Ya entonces había la costumbre de inmolarse las mujeres sobre la tumba de sus maridos.

La caza de los elefantes, los estragos del tigre, la vuelta periódica de las lluvias, el riego de los ríos, están descritos por Estrabón y Arriano con una exactitud comparable á la de los modernos. Nearco

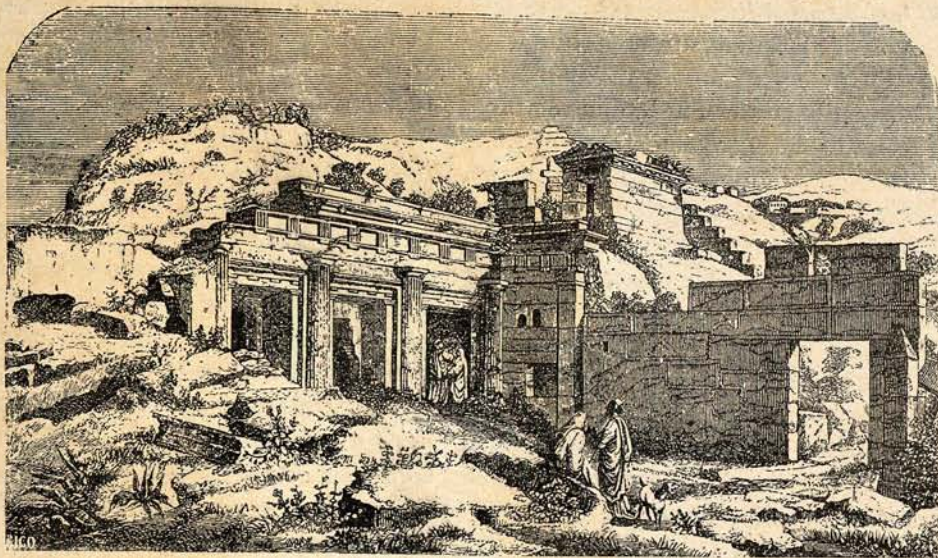
indica, al parecer, la caña dulce y la bebida espirituosa que de su zumo se extrae; pero ninguno de estos autores conocía los montes que guardan diamantes en sus cantos rodados, ni la costa donde crecen las perlas. Estrabón refiere, como si lo supiera de oídas, que la India suministraba una parte de los aromas que la Arabia Feliz enviaba á los pueblos del imperio romano.

Partiendo de las bocas del Indo para volver á las orillas del Eufrates, nuestro geógrafo se contrae á seguir las huellas de *Nearco*, almirante de Alejandro Magno, cuya relación circunstanciada tenía á la vista; relación que con haberse conservado, bien que abreviada por Arriano, se hizo tan sumamente rara, que el erudito Plinio no conoció de ella más que un insignificante extracto hecho por Juba. Tampoco habla *Nearco* de la navegación atribuída por Herodoto á *Escillax* en los mismos parajes: ¡tan difíciles resultaban las comunicaciones científicas en el mundo antiguo!

La flota de Alejandro salió del brazo occidental del Indo, navegó contra el monzón ó viento periódico de oeste, á lo largo de la costa de los *arabitas* durante 1,000 estadios, y de la de los *oritas* durante 1,800; y en seguida costeó el país de los *ictiófagos* por espacio de 7,400 estadios. La primera de aquellas poblaciones pertenecía aún á la India; y los *oritas* ú *horitas* habitaban una pequeña comarca fértil en vino, trigo, arroz y palmeras, que conserva todavía el nombre de *Hor* ó *Haour*. Sin embargo, en *Tomeros*, situada sobre la costa, *Nearco* encontró verdaderos salvajes que cubrían su veloso cuerpo con una piel de foca ó de ballena. No eran mucho más civilizados los *ictiófagos*, los cuales, puesto que su país produce tan sólo poquísimas palmas y arbolillos aromáticos, no podían alimentarse, junto con sus cabras, sino

de carne de pescado reducida á una especie de pasta ó cabial, y se aprovechaban de los grandes cetáceos haciendo de su piel vestidos, de sus espinas armas, y de sus costillas lo que hubieran podido hacer de la madera de carpintería para la construcción de cabañas cubiertas de yerbas marinas. La tierra de los ictiófagos pertenecía á la *Gedrosia*; el *Aria*, la

Drangiana y la *Arachosia*, formaban el gran país llamado por los griegos *Ariana*, que corresponde á la Persia oriental de nuestros mapas. Seguramente la Ariana es el primitivo *Irán* de los historiadores orientales; pero Plinio, y aun Estrabón, la confunden á veces con el Aria, que sólo es su parte más fértil, en la que existen la ciudad de *Aria*, ó sea la mo-



TUMBAS

derna Herat, y el lago *Aria*, que es nuestro lago Hamún.

La *Carmania*, comprendida á veces en la Arania, ameniza la monotonía de los arenosos desiertos que fatiga la vista de los macedonios: así es que sus trigos, sus vinos, sus enormes racimos, su hermosa raza de jumentos, sus minas de oro y de cinabrio, fueron muy encomiadas por aquellos guerreros excursionistas, y luego por los geógrafos griegos que creyeron en su palabra. Había en la costa una comarca que se llamaba *Armozia*, donde florecía por el comercio de la India la ciudad del mismo nombre, que también se halla escrita *Harmuza*. En el siglo

doce ó trece las irrupciones de los tártaros obligaron á los habitantes á refugiarse en la isla de *Organa*, que en tiempo de Nearco estaba desierta, pero que en el siglo décimoquinto llenó el mundo de la fama de sus riquezas con el nombre de Ormus ó Harmuz. Hay también la feraz *Oaracta*, isla vecina que en los mapas modernos lleva el nombre de *Kichmich*.

La patria de Ciro despliega entre tanto sus costas eternamente calentadas por los vientos del mediodía, sus montañas cubiertas de nieve, y, entre estas dos zonas, sus risueños valles, antiguamente sembrados por una multitud de cipreses, donde crecen todavía espirituosos racimos.

En aquella zona templada se extendía *Persépolis*, llamada en persa *Istakhar*, al pie de un espacioso y magnífico palacio real, en cuyos restos, todavía imponentes y llamados *Tchel-Minar* ó *las cuarenta columnas*, se reconoce el triple recinto de que habla Diodoro, las bóvedas donde se guardaba el tesoro de los reyes persas, y á cierta distancia muchas tumbas reales entalladas en el mármol de la misma montaña, de la cual ocupa el palacio un promontorio aislado. Algunos sabios han dado en suponer que estas ruinas pertenecen á un templo de magos, que probablemente no tenían templos; mas esta hipótesis, en nuestro concepto, ha sido ya refutada cumplidamente. También es probable que lo único en que se cebó la venganza de Alejandro, cuando este vencedor, en un momento de embriaguez, dirigió personalmente la antorcha incendiaria, fueron las partes habitadas de este suntuoso palacio y los cuartos construídos de cedro para los reyes; puesto que la ciudad, ó por lo menos su mayor parte, continuó subsistiendo hasta el siglo séptimo.

No fué *Persépolis* la única ciudad real de la *Persis*, ó la Persia propiamente dicha: la antigua capital *Pasargada*, actualmente Fesa ó Easa, se envanecía con el monumento sepulcral de Ciro, donde Aristóbulo halló una cama de oro, un féretro del mismo metal, una mesa adornada de bellas copas y diversidad de vestidos y alhajas. La provincia de *Susiana* ó la *Susida*, donde reinaba una eterna primavera, es considerada muchas veces como una subdivisión de la Persia; pero está separada de ella por medio de montañas; y sus dos ríos, á saber: el *Euleo* y el *Pasitigre*, que han dado pie á tantas incertidumbres y discusiones, confunden sus desembocaduras con la del Tigre en Mesopotamia. Habiendo dominado, al parecer, en esta provincia, la lengua siriaca ó

aramea, y estando construídas las casas de Susa con ladrillos pegados con betún, como las de Babilonia, es de creer que los *susios*, que, según Estrabón, eran los mismos *kisios*, pertenecen á la gran familia de los pueblos arameos ó sirios; aunque la costa, sembrada de inaccesibles bajíos, pertenecía á una nación diferente, esto es, los *elimeos* de los griegos y los *elam* de la geografía hebrea. Este pueblo, que antiguamente era muy poderoso, pero que después fué avasallado por los babilonios, formó en tiempo de Estrabón un reino independiente. Hay también otra tribu, los *coseos* ó *koseos*, que ha dejado á la Susiana el nombre moderno de *Khosistán*.

Aproximándonos á las márgenes del Eufrates y del Tigre, se multiplican y agrandan sobremanera los recuerdos geográficos, que no podemos introducir en el estrecho cuadro de este compendio. Efectivamente: ¿sería posible resumir siquiera todas las discusiones que se han entablado acerca de los diversos imperios fundados en las tres comarcas de *Asiria*, *Mesopotamia* y *Babilonia*, unidas por la misma lengua y habitadas por arameos, aunque, al parecer, los pueblos montañeses de Armenia y Media han hecho frecuentes invasiones y formado establecimientos más ó menos permanentes? ¿Sería posible conciliar los textos de Herodoto, de Ctesias y de los escritores hebreos? Sin duda las revoluciones tan rápidas y frecuentes que hicieron trasladar el imperio unas veces á Babilonia y otras veces á Nínive, han modificado los límites de los estados, y aun de las provincias; pero por ahora nos basta con atenernos á las noticias de Estrabón y de los otros griegos posteriores á la conquista del imperio persa por Alejandro.

Al nombre de *Asiria* sucedió la palabra *Babilonia*, que al principio no comprendía mas que el reino cuya capital era la

ciudad de este nombre, descendiente al parecer la *Asiria*, ó, según el dialecto caldeo, *Aturia*, que debió de ser antiguamente la denominación general de aquellas comarcas. Estrabón emplea á veces uno y otro nombre como sinónimos; y posteriormente, en tiempo de los partos, el más generalmente usado es el de *Asiria*. En tiempo de los sucesores de Alejandro, la comarca comprendida entre el Tigre y el Eufrates, esto es, la *Aram-Naharaim* de los hebreos, fué llamada *Mesopotamia*, nombre desconocido de Jenofonte, que comprende los risueños valles de la parte septentrional, llamada *Siria*, y los desiertos de la meridional, llamada *Arabia*. Esta división, que se halla entre los hebreos, ha sido reproducida por muchos historiadores. Jamás ha tenido Mesopotamia tanta celebridad como en el tiempo en que, reducida á provincia romana, era atacada constantemente por los partos; aunque sus límites eran el continuado juguete de la fortuna.

Todos los antiguos abundan en elogios sobre la gran fertilidad de Babilonia, regada por innumerables canales, que en parte han desaparecido por la negligencia de los habitantes actuales; pero, así entonces como ahora, el recurso principal del país era la palma. Había también otros canales, entre los cuales se distinguía el *río Real*, que facilitaban la navegación interior; pero la falta de madera, que obligó al conquistador macedonio á trasladar su flota por tierra desde los puertos de Fenicia hasta el Eufrates, reducía esta navegación á algunas navéculas, que en parte eran de mimbre cubierto de cuero ó embarrado de betún. Verdad es que los parques reales suministraron algunos cipreses á la flota macedonia, pero no nos atrevemos á decidir, como cree Bochart, si Noé construyó de esta madera su famosa arca. El comercio de Babilonia ha debi-

do de estar en manos de los habitantes de *Gerrha*, ciudad de Arabia, cuyas embarcaciones subían por el Eufrates hasta Thapsaco. En tiempo de Estrabón el esplendor de Babilonia estaba ofuscado por el cercano de *Seleucia*, llamada anteriormente *Hidatopotamo*; como que siendo una ciudad recién construída á orillas del río Real, á poca distancia del Tigre, y fortificada de un modo inexpugnable, floreció Seleucia rápidamente, y en breve espacio de tiempo llegó á contener en el recinto de sus muros hasta 600,000 habitantes. Así es que Babilonia quedó desierta, que las murallas de Semirámide, el templo de Belo y los jardines suspendidos en el aire por medio de atrevidas bóvedas se han desmoronado por completo, y que los viajeros encuentran solamente un inmenso montón de ladrillos en el solar en donde se elevaron los palacios de los señores del Asia. Las indicaciones de los clásicos acerca de la circunferencia de esta antigua ciudad, suministran un nuevo ejemplo del uso de estadios diferentes, supuesto que con sólo estimar los 480 estadios consignados por Herodoto, según los habitantes mismos, en 833 por grado, y tomar los 385 de Estrabón por estadios de 714 al grado, resulta que entrambas medidas, al parecer diferentes, en realidad son iguales. Nada tiene de increíble para una ciudad del Asia este recinto de catorce á quince leguas antiguas de Francia, ni nada de increíble para una ciudad de Asia; evolución confirmada por los cálculos que acaba de hacer Mr. Oppert, quien ha encontrado ser la superficie de Babilonia de 514 kilómetros cuadrados. Este recinto formaba igualmente un vastísimo cuadro (1).

(1) Pero la parte habitada de este inmenso espacio no parece haber sido mayor de 18 kilómetros cuadrados.—E. C.

A pocas leguas del Eufrates está situada *Bambice*, llamada *Edesa* y *Hierápolis*, ó sea la *ciudad sagrada*, porque en ella se adoraba á Atargatis, que era la diosa siria que Luciano nos representa con cabeza de mujer y cuerpo de pescado. A la izquierda del río había un camino que llevaba, á través del desierto, hasta *Escena*, ciudad importante y situada sobre un canal, en los confines de la Babilonia propiamente dicha y de Mesopotamia. Los *escenitas* de las cercanías exigían un tributo de los viajeros que atravesaban el desierto.

Al mediodía de Babilonia se extendía, en dirección á Arabia y á las bocas del Eufrates, la *Caldea*, que, aunque desierta en la actualidad, estuvo en lo antiguo cubierta de ciudades.

La *Asiria* propiamente dicha, ó la *Aturia* de Estrabón, había ya visto desaparecer, cinco ó seis siglos antes, otra ciudad muy célebre, á saber, la *Nínive* de los escritores hebreos, llamada *Nino* por los historiadores griegos, que tenía 100 pies de elevación en sus murallas, y 200 en sus doscientos torreones. Diodoro le atribuye 480 estadios de circunferencia; pero como que la coloca sobre el Eufrates, siendo así que estaba situada sobre el Tigre, acaso la confundió con Babilonia. Luciano confirma las profecías de Nohemías asegurando que no se tenía noticia del solar de Nínive; mas, habiendo otros autores graves que hablan de ella mucho tiempo después como de una ciudad existente, algunos han dado en sospechar que la habían reedificado, ó, mejor, que los romanos habían aplicado el mismo nombre á la otra ciudad (2).

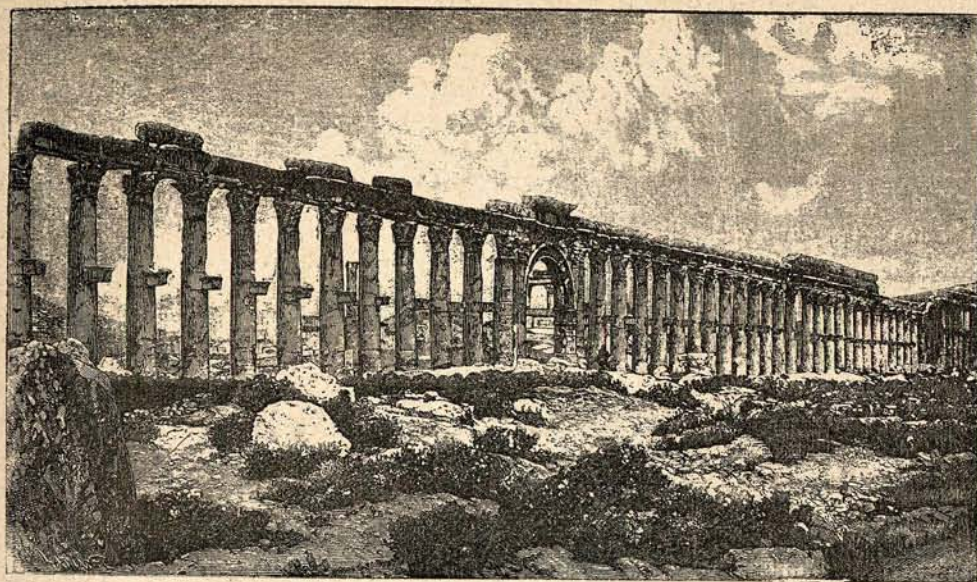
(2) Ya sabemos hoy cuál era la situación de la antigua Nínive. Mr. Botta, cónsul de Francia en Mossoul, descubrió, en 1843, las ruinas de la gran ciudad asiria, las cuales ocupan el solar de Khorsabad, aldea situada á 16 kilómetros NE. de Mossoul, en la orilla izquierda del riachuelo Khausser, que desagua en el Tigre, atravesando el antiguo recinto de Nínive.

No debemos detenernos en la región denominada *Adiabena*, llena de fuentes de nafta, y en la cual estaba situada *Arbela*, tan célebre por la victoria de Alejandro sobre Dario, como tampoco en la comarca de *Arrapachitis*, que trae á la memoria el Arfaxad de Moisés. *Ctesifonte*, residencia de verano de los reyes partos, no era más que una ciudad de segundo orden en tiempo de Estrabón. Lo propio diremos de *Nisibis*, que posteriormente llegó á ser la muralla del imperio romano; de *Edesa*, y de otras ciudades de Mesopotamia; porque su celebridad es posterior á la época de que estamos hablando.

Al oeste del Eufrates vemos elevarse las montañas de la *Alta Siria*, con las cuales alternan unos valles risueños que lindan con las arenas del desierto. Por una parte corre el *Orontes*, cuyas aguas fecundantes se derraman á pesar suyo sobre los campos vecinos por medio de innumerables máquinas con ruedas; por otra parte brillan las ciudades fundadas ó restablecidas por los seléucidas, y cuyas riquezas no pudieron agotar nunca los mismos procónsules romanos. La gloria de la populosa *Antioquía* (*Antiochía*), rival de Roma, de Alejandría y de Seleucia, y situada sobre el Tigre, no había aún llegado á su apogeo, y ya todos los felices ociosos del mundo concurrían á sus teatros, á su circo, á sus tiendas y á los voluptuosos sotos de *Dafne*. En la costa se hallaba á *Laodicea*, que estaba floreciente por su puerto y sus viñedos; y cerca del Orontes existía *Emesa*, cuyo nombre indígena era y es todavía *Hems*, la cual contenía un templo magnífico donde adoraban al Sol bajo el emblema de una piedra negra; *Apamia*, que iba tomando incremento, y cuya comarca, según decían, era capaz de alimentar un ejército entero; y finalmente *Hamath*, que con ser tan importante pa-

ra la geografía de los hebreos, no era más que la insignificante *Epifania*, que aguardaba la época de los árabes para reflorecer. En las orillas del Eufrates había la ciudad de las Palmas ó *Tadmor*, que se supone fundada por Salomón, y que entonces era muy poco conocida bajo el nombre medio latino de *Palmira*, aunque ya tenía comercio con la India.

También gozaba de muy poca celebridad *Berea*, que bajo el nombre de *Halep* ó *Alepo* debía heredar algún día la naciente grandeza de Palmira; pero la ciudad de *Hierápolis*, llamada en sirio *Mabog*, contenía el templo de la diosa *Derctis*, que atraía una población inmensa y una copia de tesoros que Craso empleó muchos días en hacer pesar. Los descen-



PALMIRA. COLUMNATA

dientes de los seléucidas, relegados á *Samosata*, reinaban en la fértil comarca de Comagena.

En la parte meridional de Siria existían el *Líbano* y el *Anti-Líbano*, que, fieles asilos del invierno en el regazo de una comarca abrasadora, contenían en sus cumbres unos bosques de cedros muy dilatados, y sombreaban á lo lejos los valles profundos que componían la *Cele-siria*, ó, traducida literalmente, la Siria honda. Nadie conocía á *Damasco* ó á *Dámaso* sino por la belleza de sus alrededores; pero, según Estrabón, en tiempo de la dominación de los persas era la

más notable de las ciudades de aquel país. La ciudad de *Heliópolis*, llamada en sirio *Baalbek*, ó sea *casa del Señor*, poseía ya indudablemente el famoso templo que Antonino hizo engrandecer ó reedificar.

El nombre de *Fenicia* continuábase aplicando á una costa bastante larga; pero ya no se concentraba en sus ciudades el comercio del mundo. Verdad es que *Tiro* se sostenía aún por sus tinturas de púrpura, y *Sidón* por sus fábricas de vidrio; mas Estrabón indica á *Ptolomaida*, llamada en sirio *Aco*, como la ciudad más importante de aquellas tierras.

Los *itureos*, que tal vez son los progenitores de los drusos, tenían sus pequeños señoríos diseminados en toda la extensión del Líbano, del Anti-Líbano y de las montañas vecinas. La feraz *Galilea* con *Tiberiada*, situada sobre el lago del mismo nombre; la *Samaria*, donde se hallaba la naciente *Cesarea*, que rivalizaba con Ptolemaida, y la ciudad de *Samaría*, que, reedificada por Herodes, había recibido de éste el sobrenombre de *Sebasto* en honor de Augusto; la *Judea*, todavía bien cultivada y fértil, que contenía la floreciente y populosa Jerusalén, ó sea la *Hiero-Solyma* de los griegos; y, á la otra parte del risueño valle regado por el Jordán la *Perea*, la *Decápolis* ó el país de las diez ciudades, las pequeñas comarcas de *Gaulonitis*, *Trachonitis*, *Batanea* y *Auranitis*: he aquí lo que constituía el nuevo reino de los judíos, al que toda la política de Herodes no supo dar una base permanente, y sobre el cual gravitaba la mano de un destino cruel. No se concibe como Estrabón, que nos ha conservado con Diodoro pormenores interesantes sobre el nacimiento del asfalto en el mar Muerto, confunde este lago con el otro lago, ó, por mejor decir, la laguna de *Sirbonis*, vecina á las costas de Egipto; mas Estrabón repara esta negligencia con tributar un digno testimonio á la veracidad de los historiadores hebreos, elogiando el ingenio de Moisés y la antigua constitución del pueblo judío.

Toda la Siria con la Palestina y la Fenicia no eran á los ojos de Herodoto más que una costa de la Arabia. Y, en efecto, las tribus árabes se han derramado en todos tiempos por las comarcas vecinas, como lo prueban los árabes egipcios que Ptolomeo coloca en la costa occidental del mar Rojo, las colonias árabes de Etiopía indicadas por el rey Juba, y acaso los *indios* situados en el río *Indo* en

el Asia menor, llamados al parecer árabes por un autor romano. Son muy generales los términos en que Herodoto habla de los árabes; y al trazar algunos rasgos de sus costumbres indica, como sus principales divinidades, á *Urotalt* ó *Eratallah*, el dios del fuego, y *Alitalt* ó *Alatta*, una diosa parecida á la Venus celeste. *Alatta* es citada en el Corán, y era adorada bajo la figura de una piedra negra. Por los escritores hebreos sabemos que desde tiempo inmemorial los árabes estuvieron divididos en innumerables tribus, las unas errantes y las otras establecidas en las ciudades. Añade Estrabón que los árabes meridionales, lo mismo que los egipcios y los indios, estaban distribuidos en cinco castas, á saber: los guerreros, los cultivadores, los artesanos, los sabios y los comerciantes. Los árabes eran poco belicosos, y en su mayor parte se entregaban al comercio; los habitantes de la costa meridional recibían de la India, aunque también en parte lo recogían en su mismo país, incienso, mirra y aromas, que los árabes nómadas hacían trasportar por sus camellos á las ciudades mercantiles de Siria y Egipto. Tal era el comercio que acumulaba en manos de los príncipes ó *cheikhs* árabes el oro de Europa y las piedras preciosas de la India. Los hebreos y los griegos están acordes en atribuir á la Arabia minas de oro, llegando á describir su explotación, y determinar su naturaleza de un modo sobradamente circunstanciado para que se nos permita, cuando conocemos tan poco el interior del país, despreciar absolutamente unas noticias tan positivas, especialmente desde que Niebuhr ha dicho en la Academia de las inscripciones que todavía se muestran en el Yemen los puntos donde se hallaban antiguamente las minas de este metal precioso. Según Estrabón, el oro existía en ciertos nidos bajo la forma de globu-

lillos; por cuyo motivo no extrañarán los mineralogistas que tales minas hayan acabado por agotarse. Las piedras preciosas, las esmeraldas y los topacios, tan encomiados por los antiguos, acaso no eran otra cosa que variedades de cristal de roca. Sin embargo, el viajero que ha hecho poner en duda todas las relaciones sobre los antiguos de este país confiesa con toda seriedad que el Yemen produce ciertas piedras preciosas. Así es que no debemos rechazar con sobrado desdén los agradables cuentos de Herodoto y de Diodoro relativos á las inmensas selvas de árboles de mirra, de bálsamo y de acacia, cuyos suaves olores, derramados por la atmósfera hasta larga distancia, anunciaban á los viajeros la proximidad de la *región de los aromas*, en donde todas las casas estaban construídas con maderas odoríferas. Sería muy posible que un viaje por tierra desde Mascate á Moka demostrase que tales pinturas no son absolutamente imaginarias.

Estrabón no distingue en Arabia más que dos grandes divisiones, á saber: la parte *desierta* situada al norte, entre la Siria, el Eufrates y la Palestina, y la *Arabia Feliz*, situada al mediodía de estas llanuras abandonadas á los *escenitas* ó habitantes de las tiendas, y que, en sentir de este geógrafo y de la mayor parte de los antiguos, comprendía casi toda la península. Muy incompletos son los conocimientos de Estrabón acerca de las diversas naciones de Arabia. Al tratar de las costas del golfo Pérsico, principia por describir, conformándose con Eratósthenes, el país de *Macina* y sus cepas entretejidas en forma de canasta y flotantes en el seno de los pantanos, sin que tampoco desconozca la ciudad de *Gerrha*, situada á 2,400 estadios de las bocas del Eufrates y á 200 del mar, construída de sal gema, y cuyos habitantes, que eran de origen caldeo, hacían un gran comercio en

artículos de la India. La isla de *Tiros*, en la que quisiera reconocer Estrabón la patria de los fenicios, parece pertenecer á las costas de Persia, sin tener nada común con la isla Bahrein, que Plinio comenzó posteriormente á conocer bajo su verdadero nombre de *Tilos*, cuyas pesquerías de perlas elogia sobremanera.

El viaje de Nearco prueba, sin embargo, que los griegos conocían ya á los *macas*, habitantes del Omán, cuyo nombre conserva la ciudad de Mascate; mas Estrabón no sabía de la Arabia meridional sino lo que había leído en Eratósthenes, Agatarchido y Artemidoro, que probablemente lo habían tomado de los archivos reales de Egipto. Según dichos autores, en el sudeste de Arabia había los siguientes cuatro pueblos principales: los *chatramotitas*, llamados también *chatramitas* y *atramitas*, cuyo nombre, ya conocido de Moisés, se encuentra en la provincia de Hadramout; los *castabanos*, que vivían en el norte de los primeros, y que parecían haber mudado frecuentemente de límites; los *sabeos*, que ocupaban la parte occidental del Yemen, y cuya capital *Saba*, como todas las de Arabia, está designada con el nombre genérico de *Mariaba*, ó sea residencia real; por último, los *mineos*, tan mal situados por d'Anville, y que, según el conjunto de las relaciones de los antiguos, se extendían hasta los alrededores de la Meca, que es el *Macoraba* de Ptolomeo. Estos *mineos*, de quienes eran acaso una rama los madianitas de Moisés, hacían mucho comercio con el incienso y la mirra que crecían en sus alrededores, siendo *Carna* su ciudad principal; porque la llamada *Ælana*, situada en el fondo del golfo Árábigo, conserva todavía el mismo nombre, aunque se la llame también *Ailah*, pero los árabes más ricos eran los sabeos, que compartían con los gerehos el comercio de la India, y cuyas casas es-

taban radiantes por doquiera de oro, marfil y piedras finas.

Al norte de los *mineos* habitan las numerosas tribus conocidas de los hebreos con los nombres de *Edom*, de *Amalec*, de *Moab* y otros, reunidos todos bajo la denominación suprema de los *nabaioths*, ó sean los *nabateos* de los griegos y de los romanos. Su capital *Petra*, que á buen seguro no era al principio más que una roca fortificada por la naturaleza y llena de cavernas habitables, dió á toda la comarca el nombre de *Arabia Pétrea*. En tiempos de Estrabón, este país, avasallado por los generales de Trajano, y cuya capital empezó á ser entonces la soberbia *Bostra*, gozaba de mucha libertad política; tanto, que hasta los reyes ó caudillos populares estaban sujetos á responsabilidad. El comercio contribuía con la agricultura á hacer floreciente el estado de este pueblo. Una sola mujer se casaba á veces con muchos hermanos.

Hé aquí todo lo que Estrabón sabía de un país, adonde se había verificado una expedición mandada por uno de sus amigos. Elio Galo salió de Cleopátrida,

en Egipto, con diez mil hombres y una escuadra importante, desembarcando en *Leucas*, que era el puerto principal de los nabateos. Obodas, Rey de esta nación, juntó sus fuerzas con las de Galo, que ya se hallaban muy extenuadas, poniéndolas á las órdenes de Sileo; pero este traidor condujo á los romanos por áridos desiertos á los países donde reinaba Aretas, y haciéndoles luego atravesar el *Ararenes*; de manera que, después de una marcha forzada y excesivamente difícil, llegaron y saquearon á *Anagrana*. La misma suerte cupo á las ciudades de *Asca* y de *Athrulla*; pero los *rhamanitas* resistieron, y la ciudad de *Marsiabas* no pudo ser tomada; por lo que Galo tuvo que cejar después de haber visto la mayor parte de su ejército diezmada por las enfermedades, las fatigas, la sed y el hambre, sin haber perdido más de siete hombres en los diferentes combates que había empeñado. Semejante expedición, dirigida al parecer hacia el Yemen por el Nedjed, nada ofreció de positivo á la geografía.

